

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## ADVERTENCIA.

Hemos recibido la Conferencia que ha pronunciado en Nuestra Señora de París el Padre Félix el domingo primero de Cuaremas.

Para que nuestros lectores no extrañen que no la publicamos desde luego, según costumbre, debemos decirles que, estando para variar por completo de un día a otro, pasado mañana probablemente, los tipos con que se imprime EL PENSAMIENTO, nos ha parecido que ante la consideración de que todas las Conferencias sean impresas en una misma letra, y esta nueva, debía ceder el deseo natural en nosotros de adelantar algunas horas la publicación de la primera Conferencia.

## PARTE EXTRANJERA.

En EL PENSAMIENTO ESPAÑOL de 23 de Enero último, ocupándonos de las falsas noticias que corrían sobre las intenciones de la Santa Sede ante algunas cuestiones á que había dado lugar el tratado de 15 de Setiembre, decíamos textualmente lo siguiente:

«En todo esto creemos que una sola cosa hay exacta: la existencia de una nota pontificia. Mientras que Napoleón III se entiende con Víctor Manuel celebrando pactos como la convención de 15 de Setiembre, en que se prescinde de la parte principalmente interesada; mientras que trata oficiosamente con el Gabinete piemontés para la transmisión de una parte de la Deuda pontificia; mientras anda en no sabemos qué negociaciones ni con qué fin con el Emperador de Austria; mientras que se trata de llevar á efecto la evacuación de las tropas francesas que hoy guarnecen á Roma; mientras que los pusilánimes se preocupan del silencio del Padre Santo ante todos estos actos que tanto interesan á la Santa Sede y al Catolicismo entero; mientras el periodismo se entretiene en forjar noticias y tejer cuestiones, en ese mismo tiempo Pío IX hablaba como debe hablar el Vicario de Jesucristo. Nosotros afirmamos hoy, y no tardarán nuestros lectores en ver confirmadas nuestras palabras, que en París y en Viena se sabe ya lo que piensa Pío IX sobre la conducta del Gobierno de Florencia y acerca de la retirada de las tropas francesas. Nosotros afirmamos que existe una solemne nota pontificia, una de aquellas notas que son tanto más importantes en cuanto que salen muy de tarde en tarde de la cancillería pontificia, y muestran el carácter de elevación, de sinceridad, de noble firmeza que tanto la distinguen de la diplomacia moderna. Qué contiene esta nota, no podremos saberlo hasta que el Padre Santo, en su admirable prudencia, reconozca haber llegado el día de darla á luz, para que se vean cuáles son los actos de su Gobierno. Cuando este día llegue, no serán los últimos nuestros lectores en conocer el respetabilísimo documento.»

Si nuestros informes eran ó no perfectamente exactos en cuanto al hecho que anunciamos y

la alta importancia que le atribuimos, y si hemos cumplido la palabra empeñada, nuestros lectores habrán podido apreciarlo en vista del magnífico despacho dirigido por su Eminencia el Cardenal Antonelli á los Nuncios pontificios, que tres periódicos han sido los primeros en publicar en Europa: el *Augsburger Post-Zeitung* en Alemania; la *Unità Cattolica* en Italia, y EL PENSAMIENTO en España.

La riqueza y exactitud de los hechos de que se hace cargo en el documento y la admirable claridad de su exposición, no han menester ciertamente comentarios y reflexiones de nuestra parte; pero como ni nuestros lectores verían con interés tratado otro asunto en esta sección de nuestro periódico, por importante que fuese, ni nosotros acertamos á ocuparnos en otra cosa; hé aquí, por qué vamos á consagrar á la circular del Emmo. Cardenal secretario de Estado de Su Santidad algunas consideraciones.

Hablar de la forma de ese notabilísimo documento sería empeño inútil después que su lectura ha hecho saborear á todos su notabilísimo lenguaje, valeroso sin osadía, firme sin temeridad, independiente sin insolencia, moderado y digno cual siempre es el de los representantes de la autoridad pontificia. Todos han podido también admirar su vigor en el razonamiento, que excluye toda réplica, su elevación que abarca toda la amplitud del asunto, su noble sinceridad que desdén los equívocos, las reticencias, la deslealtad. ¡Qué contraste forma ese despacho con la mayor parte de los emanados de las demás cancillerías europeas en los que tan frecuente es ver la lisonja, bajo la máscara de cortesía, la intriga con capa de habilidad, la astucia mal encubierta con un falso barniz de franqueza! El despacho de su Ema. el Cardenal Antonelli quedará perpetuamente en la historia diplomática de nuestros días como un monumento insigne de la noble franqueza y consumada prudencia del Gobierno pontificio.

Pero entremos en el fondo del asunto. En tres partes puede dividirse el despacho del eminentísimo Cardenal secretario: el origen de la, así dicha, cuestión romana, el estado en que hoy se encuentra, y la perspectiva que presenta su solución. De esta manera el Cardenal Antonelli se hace cargo con vista perspicua del pasado, el presente y el porvenir, abarcando así la cuestión entera.

El despacho empieza por sentar que el convenio entre Napoleón III y el Rey del Piemonte de 15 de Setiembre de 1864, donde no se trataba sino de los intereses de la Santa Sede, fue hecho sin participación del Soberano Pontífice, á quien no se dió conocimiento de él hasta trece días después de celebrado. ¡Cuán injusta resulta de la enunciación de este simple hecho la conducta del Emperador francés! ¡Cómo! ¡Un Soberano, jefe de una nación católica, después de haber ayudado y favorecido más ó menos directamente los enormes atentados y sacrilegas usurpaciones llevadas á cabo contra los Estados de la Iglesia pacta con el usurpador y arregla la manera de dar estabilidad y firmeza á esos hechos inicuos, y est á sin contar para nada con la víctima! Esta es la conducta que se ha que-

rido encubrir hipócritamente ante la conciencia católica de Europa con el absurdo pretexto de mirar por los intereses de la Santa Sede. ¡Extraña manera de favorecer al oprimido tendiendo una mano amiga al opresor, cuando se puede, como en el caso presente sucede, obligar á este á restituir el fruto de sus depredaciones! ¿Pues de qué modo cumple el Emperador Napoleón este aparente designio de conservar incólume en adelante el territorio de la Santa Sede?

En el Congreso de París de 1856, Congreso que un publicista poco sospechoso definía diciendo que era una declaración de guerra bajo la apariencia de un acuerdo de paz, el principio del caos europeo y el fin del derecho público en Europa; en ese Congreso, decimos, se echaron los cimientos de la revolución italiana. Allí se acordó la evacuación de los Estados pontificios por las tropas extranjeras: pero también se acordó, y el Cardenal secretario tiene el cuidado de recordarlo, que esto no tendría lugar hasta que pudiese verificarse sin inconveniente para la tranquilidad del país y la consolidación de la autoridad de la Santa Sede. Y no fué sólo en esta ocasión cuando Francia se comprometió á no abandonar al Padre Santo mientras subsistiesen los peligros que le rodeaban. Como ha cumplido el Gobierno francés estas promesas lo dicen eloquentemente los hechos ocurridos en Italia después de la celebración del Congreso de París que el Cardenal secretario traza á grandes rasgos. Después de estos dolorosos acontecimientos, no ha dejado el Gobierno francés de hacer nuevas declaraciones en favor de la Santa Sede, ya en las Cámaras, ya en documentos diplomáticos, entre los cuales hace notar el Cardenal Antonelli el dirigido en 12 de Setiembre de 1864 al embajador de Francia en Roma, donde el Sr. Drouyn de Lhuys afirmaba que Francia estaba resuelta á no abandonar el puesto de honor de que se había encargado hasta que se hubiera alcanzado el objeto de la ocupación.

Ahora bien; ¿cómo cumple el Gobierno francés este propósito tantas veces y tan solemnemente expresado? La celebración del convenio de 15 de Setiembre y la retirada de las tropas francesas, que ya ha empezado á verificarse, responden á esta pregunta, y obligan al Cardenal Antonelli á calificar aquel pensamiento de una vana lisonja y una vana esperanza.

En efecto, ¿cuáles son hoy las condiciones en que se halla el Soberano Pontífice? El despacho que nos ocupa las pinta con vivos colores. Reducidos hoy los Estados pontificios, según la bella figura del Cardenal Antonelli, á una cabeza sin cuerpo ó de un cuerpo pígmico, cuyos órganos de vida no pueden servir sino para una nutrición imperfectísima ó una respiración afanosa, el Gobierno se ve imposibilitado de proveer á las necesidades del Estado tal cual hoy existe, y menos todavía de defenderse de las acometidas de los enemigos exteriores de que está cercado. ¡Y en esta situación angustiosa Francia, es decir, el Gobierno francés, deja abandonado al Padre Santo aparentando creer que nada tiene ya que temer?

¿Y en qué funda el Gobierno imperial esta seguridad? En el cambio que dice se ha obrado en el ánimo del Gobierno del Piemonte, el cual ha comprometido su honor en la leal ejecución del tratado de 15 de Setiembre que le veda toda agresión contra los Estados Pontificios. ¡Famosa garantía! ¿Qué valen esos compromisos del Piemonte tan acostumbrado á hollar el derecho de gentes, á atentar contra la independencia de los pueblos, á despreciar y conculcar los derechos sagrados de la Iglesia? ¿Qué vale esa firma puesta al pie de un tratado donde vergonzosamente se estipula la obligación de no robar, como si esto no estuviese prohibido por todas las leyes divinas y humanas? ¿Qué valen esas vanas palabras ante los designios audaces manifestados por ese Gobierno de apoderarse de Roma y ante el sacrilego voto de hacer de la Ciudad Santa la capital del ideado reino de Italia, voto que no sólo no ha sido retractado en el mencionado convenio, sino que ha sido declarado públicamente subsistente por el mismo Gobierno?

Y aun en la hipótesis á todas luces increíble, de que el Gobierno piemontés hubiese renunciado á llevar á cabo de un modo violento estos criminales designios, nada se habría adelantado para la seguridad de los Estados actuales de la Santa Sede. Allí están para realizarlos, los llamados *medios morales*, es decir, la intriga, la sorda excitación á las rebeliones, las conspiraciones y todos esos odiosísimos manejos de que tan consumados maestros se han mostrado los hombres de la Italia revolucionaria, y que tan eloquentemente refiere en su despacho el Emmo. Cardenal.

Si confirmación necesitasen estos temores, que por cierto para nadie son menester, nos la suministrarían sucesos muy recientes, tan recientes, que han llegado á nuestra noticia después de la publicación del despacho del Cardenal ministro.

En Nápoles acaba de celebrarse un *meeting*, en el cual se han pronunciado estas palabras:

«Roma es la capital de Italia, y hemos jurado sobre el altar de nuestra patria de hacer respetar estas sagradas (!) aspiraciones á costa de nuestra sangre. A nosotros toca el decir la oportunidad de romper tratados y convenciones que han sido hechos sin nuestro consentimiento y echar por tierra los obstáculos que se opongan á nuestro propósito.» ¡Y esta declaración ha corrido libre é impunemente por toda la prensa italiana!

Pero no es solamente en esas tumultuosas reuniones populares donde se hacen semejantes votos. En el Parlamento de Florencia, el diputado Boggio, es decir, uno de los más moderados y favorables á la conciliación, decía en la sesión de 16 del presente mes lo siguiente:

«La mayor parte de Italia es libre é independiente. La mayor parte, digo, no toda. Nos faltan dos preciosísimas partes: nos falta Roma, la capital necesaria de Italia, porque yo no creo que nadie quiera ni explícita ni implícitamente anular aquel voto que proclamó á Roma capital de Italia.»

Estas palabras, acogidas con bravos por toda la Cámara forman el más elocuente comentario del despacho del Cardenal-ministro y confirman sus funestas predicciones.

Tales la situación en que hoy se encuentra la Santa Sede, preludio de un porvenir preñado de desastres. El Cardenal secretario ha querido disipar las dudas que pudieran abrigarse sobre esa situación, haciendo conocer al mundo católico que el Padre Santo no se forma ilusiones sobre las intenciones de sus enemigos ni sobre la actitud de los que se venden por amigos.

El Padre Santo por lo demás, como nos lo dice su eminente ministro, espera los peligros que le amenazan con la tranquilidad del justo que tiene la conciencia de no haberlos provocado. La tempestad parece dibujarse en el horizonte; nadie puede decir si estallará; pero seguros en la protección de Dios, en cuyas manos está el porvenir, aunque llenos de angustia por los males que amenazan á nuestra Santa Madre la Iglesia y á su augusta Cabeza, estamos seguros de su triunfo definitivo, y de que todos sus enemigos declarados ó encubiertos quedarán al fin humillados. *Desiderium peccatorum peribit.*

## TELEGRAMAS.

PARÍS, 23 (recibido el 24).—Un telegrama oficial de Bucharest, fecha 23, anuncia que el Príncipe Couza ha abdicado, nombrándose una lugartenencia del Príncipe invadida del poder ejecutivo.

PARÍS, 23 (recibido el 24).—En Brest el capitán del buque inglés cargado de municiones de guerra, fué condenado á seis días de prisión y 50 francos de multa.

La corbeta *Independence* ha abandonado el Escalda y arribado á Brest.

La *Patrie* dice que ya tocan á su término las negociaciones para el reparto de la deuda pontificia, cuya solución se espera en breve.

PARÍS, 23.—Hoy, al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 233; el 3 por 100 portugués á 45 3/4; el cambio sobre Lisboa á 539; el 5 por 100 italiano á 61-50; el crédito territorial francés á 1,335; el crédito mobiliario francés á 685; el español á 410; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 49, y el del Norte de España á 178.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 35 1/4, y en Amberes á 35.

PARÍS, 24.—Las noticias de Bucharest alcanzan al 23.

En la noche última el Príncipe Couza se ha visto obligado á abdicar, quedando detenido como prisionero.

Se ha instalado un Gobierno provisional, compuesto del general Golesto y del coronel Haralambay, en unión de Lascari y Catargi.

Ninguna efusión de sangre ha ocasionado este acontecimiento en la guarnición ni en el pueblo, que demuestra alegría.

PARÍS, 24.—Las noticias de Roma alcanzan al 22. Una circular del Cardenal Antonelli manda suspender el envío de voluntarios para el ejército pontificio por estar ya completo.

PRAGA, 23.—La Cámara de los diputados ha votado el mensaje con una sola enmienda.

FLORENCIA, 23.—Rattazzi aconseja al ministerio que desista de la cuestión de confianza, y alaba la nota de Lamarmora á España.

El ministro del Interior insiste en sentar la cuestión de confianza.

— 186 —

y tenían el aspecto de verdaderas tumbas. En ellas encerraban en los siglos medios á los prisioneros de guerra y á los reos de Estado, que ya no volvían á ver la luz del sol y morían de inanición, de hambre y de desesperación (1).

Mientras que los investigadores del tesoro empezaban á horrorizarse á la vista de tan terribles y espantosos sitios, y que su terror se aumentaba por instantes á causa de la oscuridad, del silencio y olor de muerte, de improviso oyeron, ó les pareció oír, un gemido sordo y profundo, y les sobreecogió un susto mortal: los aldeanos iban ya á emprender la fuga, pero los soldados que formaban la retaguardia los detuvieron; Aser desenvainó la espada, y gritó:

—¡Al primero que se mueva lo paro!

Impuesto de nuevo el silencio, paró nuevamente el oído, y percibió un verdadero gemido humano que venía de debajo de uno de aquellos hornos ó calabozos. Cogió un manojito encendido, lo avivó agitando al aire, y vió en medio del suelo una gran losa de piedra; acercóse á ella y gritó:

—¿Quién hay aquí debajo?

(1) El autor ha visitado varios antiguos castillos, y casi todos más ó menos tienen estos horribles calabozos; pero los que más se asemejan á estos que aquí se describen son los que hay en el antiquísimo castillo de Roberedo, edificado encima de la alta catarata del torrente Lenno, de los condes del Tirol.

— 187 —

Luego oyó una voz lánguida que respondía:

—¡Socorro, cristianos! ¡Bajad por las escaleras del lado y venid á socorrerme!

Aser dijo á dos soldados de los más valientes:

—Seguidme; y cogiendo al viejo guardabosque por el pecho, le dijo: Vé tú delante.

El guardabosque se puso pálido, y se le erizaron sus grises cabellos; pero tuvo que bajar á la fuerza el primero á la tumba. Después de haber bajado diez escalones presentóse un recinto exógeno que formaba lo interior de un torreón, á un lado una puerta cerrada con un enorme candado y una récia barra, que se afianzaba en la puerta y en la roca de la escalera. Aser quitó la barra, dió vuelta á la gruesa y enmohecida llave, y abrió la puerta. Pero ¡qué espectáculo se ofreció á su vista!

Echada encima de un montón de paja sucia y desmenuzada había una criatura humana que no podía conocerse si era hombre ó mujer: en su cabeza se veía una enmarañada cabellera, que en parte le cubría la cara; y las facciones que podían verse se hallaban tan macilentas y demacradas, que causaba verdadera y profunda lástima. Lo restante de su cuerpo cubríalo á medias una desgarrada manta, que pegada á su cuerpo y consumida por la humedad, se caía á pedruzcos. Las manos descarnadas y sucias terminaban en unas casi corvas, y las piernas estaban desnudas, lividas y llenas de escoriaciones y de costras. La infeliz permanecía en el inmundo lecho, y á su lado no se veía más que un

— 190 —

con voz sofocada. me dijo:—¿Qué haceis aquí, traidora? Vete al punto á acostar.

Me levanté abatida y me retiré á mi aposento; pero no quise acostarme en toda la noche, sino que la pasé orando con este mi crucifijo en las manos. Al amanecer mi ciego hermano, perdido el color del rostro y rechinando los dientes de rabia, se abalanzó á mí, cógame por los cabellos, me apuntó un puñal al pecho, y me dijo:—¿Has oído algún nombre?—No, hermano mío, no he oído ninguno, y caí de rodillas á sus pies, abrazándole las rodillas y jurándole que sólo habían llegado á mí algunas palabras sueltas, pero ningún nombre propio.—Mi hermano se calmó un poco, aparentó creerme y me acarició. Luego me dijo:—Salgamos á dar un paseo, pues necesito respirar.—Y tomámonos por el brazo, y dirigiéndonos á la alameda, me condujo á este castillo que se encuentra situado á su extremo. Después que entramos en la sielana, me llevó á ciertos corredores interiores, en los cuales hallé á este jefe de guardabosques, quien cogiéndome por un brazo me arrastró, llorosa y temblando en vano, á esta oscura caverna: me encerró, y cada veinte y cuatro horas me descuelga por un agujero de la bóveda un poco de agua y de comida.

Aser dirigió una mirada tan terrible á aquel miserable, que le hizo temblar como la hoja en el árbol.—¡Ah perro! la justicia de Dios te ha alcanzado: exclamó Aser cogiéndolo por el pecho y sacudiéndolo fuertemente contra el muro. Luego, vuelto á la

— 183 —

—¿Y cómo lo saben vuestros ancianos? ¿Y quién lo puso allí?

—En los tiempos de los galispanos y de los austrosardos, dijo un jefe de guardabosques, hubo en estos alrededores una gran batalla, en que los galispanos llevaron lo peor. Viendo estos que sus contrarios se habían ya hecho dueños de las inmediatas colinas, y que bajaban hacia ellos de todos lados, en medio de la derrota quisieron á lo menos poner en salvo su tesoro. Con este intento bajaron á los profundos y negros subterráneos del castillo que tenéis á la vista, y allí enterraron sus arcas atestadas de hermosos doblones españoles. ¡Ah! es una friolera! Mi bisabuelo contó el hecho á mi padre cuando era joven, añadiendo que un tío suyo ayudó á cavar la tierra, por lo que después los españoles quisieron matarle; pero tuvo la suerte de escapar de sus manos.

—Entonces, ¿cómo es que, ó tu bisabuelo, ó todos vosotros no habéis ido después á desenterrarlo? No obstante, pudierais haber ganado un buen jornal.

—Esto es muy bueno para decirlo; pero, ¿quién será el loco que quiera bajar á ese infierno? Pues habéis de saber que es lo mismo que una boca infernal. Allí, desde que los espíritus se enseñorearon de aquellas cuevas, celosos de tan precioso tesoro, seguramente no habrá mortal que se acerque, y desgraciado de quien lo intentase: vense salir llamas y rayos, se oyen truenos, la tierra tiembla,



PARIS, 24.—Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 227; el 3 por 100 portugués á 45 3/4; el cambio sobre Lisboa á 540; el 5 por 100 italiano á 61 5/8; el crédito territorial francés á 1,340; el crédito mobiliario francés á 677; el español á 406; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 48, y el del Norte de España á 177.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 00 0/0, y en Amberes á 34 5/8.

BUCHAREST, 23 (por la noche).—Hoy la Cámara de los diputados y el Senado han proclamado por unanimidad Príncipe de la Rumania al conde de Flandes. Reina en la capital la más completa tranquilidad y alegría general.

PARIS, 24.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 00 0/0; el exterior, á 00 0/0; la diferida, á 00 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 69-32 1/2, y el 4 1/2, á 99-50.

LONDRES, 24.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 7/8 á 3/4.

LISBOA, 24.—Hoy se ha discutido en la Cámara de los pares la moción contra el Gobierno por haber invitado al general Prim á que saliera de Portugal.

El Gobierno ha tenido á su favor 53 votos contra 4. El general Prim saldrá el 28 para Londres.

En los momentos en que la francmasonería belga acaba de decidir que se celebre una ceremonia fúnebre por la memoria del difunto Rey Leopoldo I, creemos serán leídas con interés las siguientes noticias tomadas del *Curso filosófico e interpretativo de las iniciaciones antiguas y modernas*, por J. M. Ragon, impreso con autorización del Grande Oriente y precedido de su aprobación.

Explicación del grado que da al francmasón el título de grande elegido, caballero Kadosch, caballero del Águila Blanca y Negra (grado 30°).

Ragon indica en primer lugar la importancia de este grado.

Las doctrinas profesadas en el grado de Kadosch, dice, forman el complemento esencial de la *Verdadera Masonería*.

Más adelante añade:

«Este grado lleva como razón el lema de *ne plus ultra*, pues los otros tres grados superiores no son más que administrativos. Los caballeros Kadosch (grado 30°), forman un areópago conservador depositario de las tradiciones no alteradas, y no debe componerse sino de los masones más distinguidos (p. 388).»

La interpretación de este grado nos enseña cuáles son estas doctrinas y estas tradiciones.

Hay en este grado cuatro departamentos; la iniciación se verifica en el cuarto.

**Primer departamento.**—Se halla vestido de negro, alumbrado por una sola lámpara de forma triangular suspendida del techo. Tiene comunicación con una cueva, especie de gabinete de reflexión, en donde se ven confundidos los símbolos de la destrucción y de la muerte. Este lugar sepulcral y silencioso, este aparato fúnebre y las preguntas que salen de un sepulcro, inspiran al candidato serias reflexiones. Esta sombría alegoría le recuerda los peligros á que están sujetos los «propagadores de la filosofía, Sócrates, Jesús, Galileo y otros muchos», y le hacen pensar que podrá encontrarse algún día tal vez expuesto á lo mismo; en esta prevision le dice una voz: *Si no te sientes con valor para arrostrar los mayores peligros, retirarte.* (Pág. 391.)

El candidato persevera.

**Segundo departamento.**—Se halla forrado de blanco. En el centro se ven dos altares, y sobre uno de ellos una urna llena de espíritu de vino que alumbraba el salón. En el otro altar hay una estufa con humbre y junto á él incienso; sobre el *Delta* se halla suspendida una águila con las alas desplegadas. Esta pieza sólo está ocupada por el hermano sacrificador que, á ruegos del aspirante, ha sido introducido en el templo de la Virtud, el cual le dice:

«¡Mortal, prostérnate!»

El candidato obedece; echa incienso en la estufa y escucha una invocación dirigida por el sacrificador á la omnipotente sabiduría.

«Levántate y prosigue tu camino, dice después el introductor al aspirante.»

**Tercer departamento.**—Se halla pintado de azul, y tiene estrellado el techo; sólo lo alumbran tres velas amarillas.

Es el areópago, es decir, la reunión de los sabios.

El presidente recuerda al introductor que sólo pue-

den ser admitidos á los últimos misterios aquellos cuya integridad, reputación intacta y más acrisolada probidad les colocan sobre el vulgo; aquellos cuya fidelidad, celo y firmeza les ponen á cubierto de todo temor; aquellos que, libres de todas las preocupaciones, están dispuestos á adoptar los principios filosóficos; por último, aquellos cuyo góno, guiado por la razón, pueda conseguir el descubrimiento de la verdad, rasgando el sombrío velo que oculta á los mortales los misterios de la naturaleza.

Habiendo respondido el introductor del aspirante como de sí mismo, le introduce con las formalidades requeridas en él.

**Cuarto departamento.**—Donde se celebra el Consejo soberano de los grandes elegidos caballeros Kadosch. Este departamento está cubierto de encarnado. En la parte del Este hay un trono sobre el cual se halla una doble águila coronada, que tiene desplegadas las alas, con una cuchilla en sus garras. En este sitio, alumbrado por doce velas amarillas, el capítulo toma el título de *Senado*, es decir, asamblea de los antiguos; los hermanos se llaman *caballeros*.

Llegado á este sitio, el candidato conoce los compromisos que contrae. Después se le hace subir y bajar por una escalera misteriosa, que por su forma recuerda el *Delta*.

Los emblemas de este grado son una *crux* y una *serpiente* con tres cabezas. La serpiente significa el mal principio, y sus tres cabezas el emblema de los abusos ó del mal que se introduce en las tres altas clases de la sociedad: la cabeza de la serpiente, que lleva una corona, indica á los Soberanos, la que lleva una tiara ó llave representa á los Papas, la que lleva una cuchilla el ejército.

El gran iniciado que ocupa posiciones civiles, debe vigilar, en interés de su patria y de la filosofía por la represión de estos abusos.

Como prenda de sus compromisos, el aspirante corta con el puñal las tres cabezas de la serpiente.

El puñal, añade Ragon, que espanta á la muchedumbre de los masones, no es el arma vil que abandonamos á las manos *jesuíticas*. Este arma recuerda moralmente á los grandes elegidos que deben trabajar continuamente en combatir y destruir las preocupaciones, la ignorancia y la superstición....

Escapase del gran elegido el primer grito de *verganza*, y se repite en el 29° grado y reaparece en este grado.

Hasta aquí las explicaciones de Ragon, pero parece que, en muchas Logias, la cruz que acabamos de ver figurar en los emblemas de este grado, era objeto de profanaciones. Hé aquí lo que leemos en el *Conservador belga* de 1828:

«Cuando el caballero Kadosch ha pronunciado su juramento, se le pone un puñal en la mano y un crucifijo á sus pies. Después el T. G. dice: «¡Pisotea esa imagen de la superstición, rómpela.»

Si no lo hace, á fin de que nada se trasluzca, se aplaude, y el T. G. le dirige un discurso sobre su piedad. Se le recibe sin revelar los grandes secretos. Pero si huella el Crucifijo, se le acerca al altar, en donde se ven tres representaciones. Hay veigas llenas de sangre, en el sitio donde se le manda que hierra; ejecuta la orden, y salta sobre él la sangre: cerca del altar hay tres cadáveres, si pueden proporcionarse, ó tres effigies. El aspirante debe cortarles la cabeza, y decir cogiéndola de los cabellos: *meum*; queda ejecutada la venganza. Entonces el T. G. le habla en estos términos: «Habeis merecido por vuestra constancia y fidelidad conocer los *secretos de los verdaderos masones*. Los tres hombres á quienes acabamos de hevir son la *SUPERSTICION*, el *REY* y el *PAPA*. Estos tres ídolos del pueblo no son más que *tiranos á los ojos de los sabios*. En nombre de la superstición cometen el Rey y el Papa todos los crímenes imaginables.»

Ragon no niega estos ritos sanguinarios, sino de una manera muy débil. Acabamos de citar lo que dice del grito de *verganza*; en una nota añade: «El mayor ó menor desarrollo de extensión ó de aplicación que se da á la venganza, introduce en el Kadosch una multitud de variantes, ó más bien, hace de él otros tantos diferentes grados. Conocemos uno de estos grados cuyas máximas son horribles, y por consiguiente antimasónicas. En manuscritos antiquísimos de la francmasonería inglesa, se encuentra que el Kadosch se llama *killer* (asesino). Los demas tienen un Kadosch al cual llaman *sábio* y cuya *osadía* le hace referir más bien al iluminismo que á la francmasonería.»

Semejantes declaraciones equivalen á una confesión de las pasiones revolucionarias y anti-sociales de los altos iniciados. Sin duda los que elevaron al Príncipe de Sajonia Coburgo, más tarde Rey Leopoldo, al grado supremo de Kadosch, no debieron dejarle ver todo el fondo de sus doctrinas. Habiendo llegado á ser uno de los Principes más ricos de Europa, olvidó aquel Príncipe voluntariamente su catecismo de aprendizaje que le prescribía que no poseyese nada, como *sábio*, y no tuvo escrúpulos de contar, como se dice, con 60 millones de economías; 60 millones que al morir distribuyó, según un periódico, entre las personas á quienes más amaba. En cuanto á las doctrinas religiosas y sociales del grado de Kadosch, las que hemos tomado de testimonios no sospechosos, ha sido evidentemente sin aplicación al Rey Leopoldo, y sólo para demostrar la astucia con que proceden los altos iniciados respecto á los principie. Por do quiera que pueden hacerlo se esfuerzan por aplicarlas, á fin de obtener su protección, y como se ve, no temen conferirles aun los grados en que los *verdaderos* masones se ejercitan en cortar cabezas de Papas y de Reyes. Esta palabra de verdaderos masones, tomada del libro de Ragon, debe revelar á los hombres sinceros y candidos que forman el acompañamiento de la francmasonería, cual es el papel que les está destinado; sirven de comparsas junto á los verdaderos actores del drama revolucionario.»

Acercá de la extensión e importancia que el fenianismo va tomando en Irlanda y aun en América, escriben á un periódico la siguiente carta, que tiene interés bastante para que sobre ella llamemos la atención de nuestros lectores.

Dice así la expresada correspondencia:

LONDRES, 21 de Febrero.—Muy señor mío: La situación de Irlanda es cada día más difícil, y probablemente el Gobierno inglés se verá envuelto en los mayores compromisos, feto de todo apoyo interior, y aun tal vez combatido indirectamente desde fuera.

Así, pues, he creído que debía transmitir á Vd. las noticias más interesantes del día sobre el particular, como que los sucesos que aquí ocurren, si son de cierta gravedad, han de afectar al resto del mundo, al menos bajo el punto de vista económico.

El fenianismo ha tomado tal incremento, que sin perjuicio de otras medidas, entre ellas la separación de todos los agentes de policía irlandeses, el Gobierno ha enviado á Irlanda inmediatamente fuerzas para completar el núm. de 50,000 hombres, parte de ellos de la Guardia real: y por su orden se han hecho numerosas prisiones, muchas de las que las Cámaras acordasen la suspensión del *acta del habeas corpus*, lo cual ha aumentado, como era de esperar, la irritación de los ánimos.

Según los informes de toda especie y origen, que llegan de Irlanda, la opinión está allí tan compacta contra la Gran-Bretaña, que los principales agitadores fenianos han hallado en el país una protección decidida para escapar de las persecuciones de la policía, y aun entre los empleados públicos hay personas que secundan á los revolucionarios. La protección ha llegado al extremo de fletar un vapor para que escapasen algunos de los más comprometidos en el momento que estaban para caer en manos de la autoridad.

Los más enérgicos y peligrosos fenianos, cuyo número es mayor de lo que pudiera creerse, son irlandeses de los que sirvieron en la guerra de los Estados-Unidos, y han regresado á su país con ideas de emancipación, y anglo-americanos que los han acompañado para dirigirlas y empujarlos en esta empresa, arriesgada sin duda, pero concebible y planteada con mucho conocimiento y apoyo fuera y dentro de los dominios de Inglaterra.

La conciencia que los fenianos tienen de su fuerza, y su esperanza en el logro de sus fines, son tan grandes, que no han vacilado en lanzarse á luchar con el poder público abiertamente, logrando en las varias ocasiones que se han batido estos últimos días con los cuerpos de *constables*, hacerles algunos muertos y heridos.

Se cree en los círculos mejor informados que si el Gobierno hubiese retrasado ocho días el envío de tropas á Irlanda, difícilmente le habría sido dable reprimir el movimiento revolucionario.

Lo que más preocupa á las personas que estudian y conocen bien las causas de esta turbación y la posibilidad de que tenga unos resultados trascendentales, es el ver que el fenianismo no está limitado á Irlanda, pues en Liverpool cuenta muchos sectarios, y no carece de ellos en otras poblaciones importantes de In-

glaterra; así como el que no se logre hallar la clave ni el centro de operaciones á pesar de los esfuerzos que hacen los agentes de la policía, escitados en gran manera con la expectativa de las recompensas que se les han ofrecido.

Al paso que esto sucede en Europa, los fenianos de Norte-América preparan una expedición perfectamente organizada y con grandes medios de éxito para invadir el Canadá y desmembrarlo de Inglaterra, á lo menos distraer á esta para que su acción en Irlanda no pueda ser tan eficaz como si concentrara en ella todas sus fuerzas y recursos para vencer la insurrección. Y como si no bastaran los elementos que tiene esta en el Nuevo Continente, funcionando por sí solos reciben un apoyo ostensiblemente indirecto que acaso sea directo con tales ó cuales reservas.

El correo último de los Estados-Unidos ha traído la noticia de haber sorprendido la policía un wagon cargado de armas, cuyo conductor fué desde luego arrestado, habiendo sido puesto en libertad poco después que Mr. O'Mahony declaró se destinaban para los fenianos. Este suceso dice bastante en comprobación de lo que acabo de asentar.

En tan difíciles circunstancias, más abrumadoras para los ingleses que para otros países, porque no tienen aquellos el hábito de las contiendas civiles; hay algunas personas que se quejan de la falta de prudencia y tacto del Gobierno, á quien atribuyen el incremento que ha tomado el fenianismo, y deplorar los males incalculables que ha de producir á Inglaterra.

Para mí, creo que la feroz intolerancia de que fueron siempre objeto los irlandeses, y los odios que les engendrará este proceder de Inglaterra, ha sido explotado por intereses extraños, que ven con fruición acercarse el día de la decadencia de este gran pueblo, cuya política no ha correspondido nunca á su elevación de ideas y sentimientos en otros respectos.

P. D. Después de escrita esta carta llegan noticias de Plymouth, uno de los apostaderos principales de Inglaterra, de haberse descubierto grandes tendencias al fenianismo en las fuerzas militares y navales de aquel punto. También se sabe que se han dado varias órdenes para trasladar tropas de unos lugares á otros, entre ellas el destacamento de ingenieros reales que estaba en Chatham y los que ocupaban á Brompton.

Todo hace creer que el movimiento fenianista va tomando un extraordinario incremento.»

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 26 DE FEBRERO DE 1866.

### Leemos en La Política:

«Los neos conocen que su reino no es de este mundo, y llevan su abnegación cristiana hasta el punto, no ya de no aspirar á ser gobierno, sino de separarse de cuantos tengan aspiraciones á él. Tan heroico ascetismo merecerá el aplauso de las Ursulas, Escolásticas y Simonas de que hablaba el otro día un periódico. Nosotros también lo aplaudimos, porque eso más va ganando el país.»

Al fin se va reconociendo que los diputados católicos, á quienes sus adversarios dan el nombre de *neops* no ambicionan el mando. ¡Más por qué se detiene aquí el liberalismo y no saca las consecuencias que se deducen de esta confesión! ¡Por qué se contentan con alabar este noble desinterés (aunque no sin sazónar con burlas sus alabanzas) y flicitarse de verse sólo á la mesa del festín? No creemos pecar de temerarios diciendo que ciertas gentes temen mucho á la lógica; por lo cual si alguna vez sientan alguna verdad, jamás la examinan bajo todas sus fases, aplicándola al conocimiento de las cosas y de los hechos que la verdad reconocida tiene virtud para esclarecer.

En el presente caso reconocer que los diputados católicos son los únicos que no ambicionan el mando, es confesar paladinamente que la ambición no entra para nada en su sistema; que sólo miran al bien de su patria desnudos de toda adición á las dulzuras del mando; y en suma, que toda su ambición se cifra en el triunfo de sus doctrinas católicas, únicas que pueden servir de norte á los hombres de Estado llamados al Gobierno en la restauración social, política y religiosa anhelada por todos los que

sienten arder dentro del pecho la llama del patriotismo.

En segundo lugar reconocer que los diputados católicos son los únicos que no aspiran á regentar los ministerios, es acusar á las fracciones liberales de no querer otra cosa que conservar el poder ó conquistarlo en un juego que les proporcione alternativamente las ventajas materiales que son el fílole de los políticos liberales ó liberticidas.

También se sigue de la confesión del mencionado periódico, que es puramente calumniosa la especie que propala el liberalismo sobre la frase que imputan á los católicos de trocar la Religión en instrumento político que les allane el camino del mando. Mal pueden servirse de este medio los que no ambicionan ser ministros ni siquiera amigos de los que lo son ó desean serlo.

En resolución, los diputados católicos entienden que el deber de las Cortes no es hacer ministerios, sino hacer leyes; no fomentar ambiciones que dividen y aniquilan, sino proclamar principios que unen y edifican; no ejercitarse en luchas estériles para derribar á unos y poner á otros en alto, sino elevarse sobre el bajo nivel de las pasiones y de los intereses de partidos y poner los ojos en el bien común. En los tiempos que alcanzamos, dirigirse por estos principios, cumplir estos deberes, hacer en suma el oficio que á cada cual le señala la ley, tiénesen por abnegación heroica, por ascetismo de la Edad media: tal es el progreso moral que vamos haciendo. Y lo peor es, que ni aun elevado á tanta altura el cumplimiento del deber, se estima ni respeta; todo lo contrario, se le escarnece y ridiculiza. Testigo si no *La Política*, que en el pasaje transcrito hace mofa de lo mismo que reputa por cristiana abnegación, por heroico ascetismo.

No podemos hoy publicar el brillante discurso del Sr. Cláros, tomado del *Diario de las Sesiones*, por haberse repartido este muy tarde. Nos contentamos con insertar ahora el *Extratío oficial de la Gaceta*, sin perjuicio de dar luego aquel documento con toda extensión.

La extraña, la inefable intolerancia que con el Sr. Cláros han manifestado el presidente del Congreso, el presidente del Consejo de ministros y algunos diputados de la mayoría, ha reducido la peroración del diputado católico á una serie de diálogos entre S. S. y aquellos señores. Pero esto mismo hace más dramática la sesión, en que hasta nuestros propios adversarios, por la índole misma del corazón humano, tienen que ponerse de parte del débil contra el fuerte, fuerte por la mayoría que le apoya en aquel recinto.

Esta intolerancia resalta en la conducta que el Sr. Cláros ha manifestado con el Sr. Navarro Villoslada al terminarse la sesión, no permitiéndole hablar cuando notoriamente había sido aludido por el señor ministro de Estado, y no sólo aludido, sino ultrajado, lo mismo que los siete diputados que han firmado y votado la enmienda del Sr. Nocedal.

La parcialidad del señor presidente se observa en su conducta con el señor ministro de Estado, á quien, contra el reglamento, permitió volver nuevamente sobre lo que estaba aprobado por el Congreso, á saber: sobre las actas de los diputados que votaron aquella enmienda.

De este y otros puntos es fácil que todavía vuelva á tratarse en aquella Cámara.

Entre los fragmentos de una carta trasnochada (10 de Febrero) que inserta *La Política* en un artículo que intitula *El Pontificado y la diplomacia*, artículo que trae á la memoria el famoso folleto *El Papa y el Congreso*, pues reproduce sus principales especies, informadas del mismo espíritu, hallamos las siguientes noticias:

das del muro cubierto de yerbas y arbustos sombríos y melancólicos, de gramineas y punzantes cardos.

Adelantaron más, y por pasillos y angostas escaleras bajaron hasta debajo de los cimientos de los torreones. Así fueron descendiendo dejando á derecha é izquierda la entrada á las casamatas que comunicaban con las estacadas del contrafoso, á fin de facilitar la salida á los sitiados.

Los soldados al internarse por debajo de las moshas bóvedas, empezaron á sentir un estremecimiento, que atribuyeron al frío y á la humedad; pero que realmente procedía de una sombra de miedo. Iban avanzando arrimados el uno al otro y casi pisándose los talones, como quien se cree tanto más seguro cuanto más cerca tiene al vecino. Finalmente, después de multiplicadas revueltas, salieron á un pasillo larguísimo y profundamente oscuro, al que por causa de esta misma oscuridad llamaban los antiguos artilleros la Boca del lobo. En las mismas rocas de los cimientos habían escavado calabozos, cuevas y tumbas en cuadro de siete á ocho palmos, y que apenas cabía un hombre tendido, y algunas eran tan bajas que el que en ellas estaba preso debía permanecer encorvado ó echado en el suelo.

Por el lado del monte estos sepulcros de vivos tenían un respiradero en su parte superior que daba paso á un poco de aire y de luz; pero los que correspondían al interior eran verdaderamente oscuros



«La salud del Papa parecía ser excelente el día de la Candelaria; mas luego se ha dicho que ha experimentado un cambio que no deja de llamar la atención de sus médicos. Las personas que rodean a Su Santidad deben observar en el síntomas de decaimiento, que su memoria se debilita, y que recae en sus antiguas propensiones a manifestar antipatías ó simpatías extremadas. Nótese esto principalmente respecto á las afecciones de sus primeros años. Entre estas deja trasluz una señalada predilección hacia Italia y la casa de Saboya. Al saber la muerte del Príncipe Othon escribió el pésame al Rey su padre, y dijo una Misa en su oratorio por el descanso del alma del hijo de Víctor Manuel. Hasta se me ha dicho que con sus íntimos el Papa habla de la *investidura á favor de este del vicariato de las Romanas, de la Umbría y las Marcas*. Semejantes barruntos no escapan á la penetración de los jesuitas ni de los corifeos reacionarios que rodean á Su Santidad, pero sólo sirven para aumentar su odio hacia Italia y para procurar alejar de la presencia de Pío IX á cuantas personas pudieran confirmarlo en su tendencia conciliadora. Así es que se ha hecho muy difícil obtener audiencias en el Vaticano, aunque sea para los asuntos más corrientes.»

«Qué profunda ignorancia y qué confusión de ideas tan lamentable supone esta carta! ¡Qué inteligencia y qué lenguaje aquello de una memoria que propende á manifestar antipatías ó simpatías! Porque el Padre Santo dice una Misa en su oratorio por el alma de un Príncipe piadoso, aunque hijo de Víctor Manuel, he aquí volviendo á las supuestas afecciones de sus primeros años. ¡Oh fuerza de la lógica! Lo del vicariato de las Romanas que trae la carta corre parejas con la propensión de la memoria del Papa á manifestar antipatías, etc. ¡Ignora el corresponsal de La Política, que esta peregrina invención ó proyecto de comedia es del repertorio liberalísimo francés, y no del Papa Pío IX! Vienen luego en la carta los jesuitas, la reacción, la tutela del Pontífice, y demos cuentas y paparruchas á este tenor. Todo lo cual revela una verdad evidéntísima. La firmeza del Papa en medio de sus años aterra al liberalismo; la virtud y mansedumbre de Pío IX le confunde; la gloria de Roma, centro del Catolicismo, le deslumbra. ¡Qué medio, pues, para no rendirse á la verdad y humillar la cerviz ante la política del Vaticano? Apartar la vista de tan grandioso espectáculo, y oscurecer la verdad con suposiciones gratuitas, con especias pequeñas, con anécdotas pueriles, meras creaciones fantásticas forjadas en las sombras por el miedo de la luz.

Por el ministerio de la Guerra se publica en la *Gaceta* de ayer los siguientes documentos relativos á la sentencia que ha recaído en la causa formada al marqués de los Castillejos y demás personas comprometidas en los últimos sucesos:

«El capitán general de Castilla la Nueva con fecha de hoy dice á este ministerio lo que sigue:  
Capitán general de Castilla la Nueva.—Estado mayor.—Sección 1.ª.—Excmo. Sr.: Vista y fallada en Consejo de Guerra ordinario la causa instruida en esta corte contra el teniente general D. Juan Prim y consortes por el delito de sedición, adjunto tengo el honor de remitir á V. E. un testimonio de la sentencia que ha recaído para su superior y debido conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 24 de Febrero de 1866.—Excmo. Sr.—Isidoro de Hoyos.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

Testimonio que se cita.

«Mariano Nansa y García, sargento primero del segundo regimiento de artillería á pié, autorizado por las Reales ordenanzas para actuar de escribano en la causa seguida contra el teniente general D. Juan Prim y Prats, sus cómplices y auxiliares, acusados de la sedición militar ocurrida en las villas de Aranjuez y Ocaña en la madrugada del 3 de Enero, y rebelión contra la Constitución del Estado, alzándose en sublevación con los regimientos de caballería lúscas de Bailén y de Calatrava, de la que es fiscal el señor coronel teniente coronel de artillería D. Pedro Ferrer y Ros.

Certifico y doy fe que en dicho proceso se ha dictado sentencia por el consejo de guerra celebrado en esta plaza en los días 20 y 21 del corriente, la cual ha merecido la aprobación del Excmo. señor capitán general del distrito por decreto del día 22, el tenor de cuya sentencia es el siguiente:

Sentencia.—Visto el oficio del Excmo. señor capitán general de 5 de Enero último, que obra en cabeza de este proceso, mandando instruir sumaria contra los autores, cómplices y auxiliares del delito de sedición contra el Gobierno de S. M., y el de la misma autoridad que inserta la Real orden en que se da cuenta de la autorización que concedió el Senado para procesar al teniente general D. Juan Prim y Prats, marqués de los Castillejos, dichos oficios decretados como corresponde:

Visto el proceso contra los acusados por información, recolección y confrontación; y habiendo hecho relación de todo al consejo de guerra, y compareciendo en él los reos presentes el día 20 de Febrero de 1866, donde presidia el señor coronel de ingenieros D. Joaquín Ruiz de Porras; todo bien examinado con la conclusión y dictamen del señor fiscal D. Pedro Ferrer y Ros, y las defensas de sus procuradores, el consejo condena en rebeldía por unanimidad de votos al teniente general D. Juan Prim y Prats; brigadier Lorenzo Milans del Bosch; comandante de artillería D. Manuel Pavía Rodríguez de Alburquerque; comandante de caballería D. Antonio Bastos y Nogues; capitán de caballería D. José González Terreros; capitán de infantería D. Bernardo del Amo y Dávila; capitán de caballería D. Luis de la Mar Toscana; ayudante de caballería D. Manuel Sánchez Lafuente; tenientes de caballería D. Manuel de la Cruz del Hierro, D. Manuel Abenza Molina, D. Manuel Marcos Gómez y D. Jesús Oñoro Ruiz; alféreces don José Selles y Lledó, D. Alberto Racas y Milagro, don Juan Rodríguez Belmonte, D. Pancracio Casero y Gómez, D. Francisco Jiménez Lázaro, D. Braulio Campos Hidalgo, D. Nicolás Alderete y Chia y don Joaquín Girouza Figueras, y de la propia arma brigada D. Enrique Ortega Martínez; sargentos primeros

Lorenzo Lacasa Tey y Joaquín López Velilla, y sargentos segundos José Fernando Casanova; armador Manuel Villanueva Rojas, y trompeta Florentino Tornero Ruiz; sargento segundo de ingenieros Juan Infante Solórzano, y el de caballería de Albuera Juan Navarro Hernández, á la pena de ser pasado por las armas, señalada al delito de sedición en el art. 26, tit. 10, tratado 8.º de las Reales ordenanzas, sin perjuicio de ser oídos si se presentasen ó fuesen habidos.

Al alférez D. José Arenas Llop le absuelve de todo cargo, sin que le sirva de nota ni le pare perjuicio en su reputación la formación del proceso.

Al teniente D. Fernando Omulrya y Duro le condena á sufrir la pena de seis meses de castigo en el que se sirva designar al efecto el Excmo. señor capitán general de este distrito, como pena extraordinaria, con arreglo al art. 48, tit. 5.º, tratado 8.º de las Reales ordenanzas.

Al auditor de Guerra D. Francisco Monteverde le condena á sufrir la pena de cadena perpetua con las accesorias de interdicción civil, inhabilitación perpetua absoluta y sujeción á la vigilancia de la autoridad durante su vida, en el caso de que obtuviese indulto de la pena principal; todo en rebeldía, sin perjuicio de que se le oiga si se presentase ó fuese habido, con arreglo á los arts. 175 y 70, núm. 1.º del 12, y números 3.º, y 4.º y 5.º del 52 del Código penal.

Al paisano D. Fermín Arias y López le condena á sufrir la pena de cuatro años de confinamiento menor, con las accesorias de la suspensión de todo cargo y derecho político del penado durante todo el tiempo de la condena, con arreglo á los arts. 178, 60 y 58 del Código penal, así como la regla 45 de la ley provisional para la aplicación del mismo Código.

Condenando en rebeldía, como comprendidos en los mismos artículos, á sufrir la pena de cuatro años y ocho meses de confinamiento menor con las mismas accesorias á los paisanos Jerónimo Forero, Antonio Escoda y Francisco Delgado, sin perjuicio de que se les oiga si se presentasen ó fuesen habidos.

Madrid 24 de Febrero de 1866.—Joaquín Ruiz de Porras y de las Heras.—Agustín García Caballero.—Juan Martínez Chornet.—Agustín Calvete y Mateu.—Manuel Fuentes Fernández.—José Sagarrinaga y Arriaga.—Manuel de Orozco y Fernández.

Y para que conste donde convenga, doy la presente de orden y mandato del señor coronel D. Pedro Ferrer y Ros, juez fiscal de esta causa, firmándolo dicho señor coningo en Madrid á 23 de Febrero de 1866.—Mariano Nansa.—Pedro Ferrer.

Con fecha 3 de Enero escribo un oficial de marina desde el puerto de Caldera, comunicando algunos pormenores de la última escaramuza con los chilenos que dió por resultado la destrucción del vapor *Corbañan*. La lancha de vapor de la *Numancia* y otro bote desarmado quisieron remolcar desde el sitio llamado Caraderilla al puerto, al vapor arriba mencionado que se creyó sospechoso por carecer de papeles. Cuando más distraídos estaban los tripulantes de las lanchas españolas en las operaciones de levar, etc., unos doscientos hombres de la guarnición de aquel punto ocultos entre las peñas, hicieron fuego sobre nuestros marinos pero con tan mala puntería, que después de una hora sólo les causaron dos heridos levemente. Como á causa del viento no pudieron los botes españoles remolcar el vapor, le dejaron irse á varar y le echaron después á pique protegidos por la fragata *Berenguela* que largaba algunos cañonazos á los ocultos entre las peñas. Se calculaba que estos habrían tenido quince ó veinte bajas.

El Gobierno, según parece, ha recibido ya noticias oficiales que confirman la de la declaración de guerra del Perú que fuimos los primeros en dar. La *Correspondencia* también la confirma.

Según un estado que publica un diario, nuestras fuerzas del Pacífico son muy superiores á las del Perú y Chile reunidas, aun cuando estas se aumenten con los buques *Independencia*, *Huascar* y los otros que se dice que están en los mares de Europa.

Según una carta de nuestra escuadra, se creía con sentimiento que las naves enemigas no se resolverían á atacar.

Valparaíso, según otra correspondencia, estaba completamente bloqueado por nuestra escuadra, y se esperaba de un momento á otro que lo bombardease.

La *Correspondencia* dice poder asegurar de un modo positivo que la República del Ecuador no ha tomado parte en la cuestión de España con Chile, y que tal vez pudiera afirmar igualmente que no la tomará en lo sucesivo.

En una carta que publica el mismo periódico, se dice que habían sido arrestados en Nueva York el chileno Vicuña Mackenna, agente confidencial de su Gobierno y el doctor Rogers, á los que consideró culpables el gran jurado de preparar una expedición armada contra España.

Estos eran sin duda los dos arrestados de que habló un despacho telegráfico que publicamos hace tres días.

También dice La *Correspondencia* que los enemigos de España en Londres y en América se agitan mucho por diferentes medios, para ver cómo logran formar la opinión de Europa y la de los Gobiernos en el sentido de que España retire al momento sus fuerzas navales del Pacífico, exagerando peligros ó quitando importancia á los resultados, para así facilitar la adhesión de nuestro Gobierno á aquella idea.

En los presupuestos del año próximo venidero se suprime la junta de clases pasivas, obteniéndose una economía de 631,000 rs. Los servicios que están á cargo de la junta se desempeñarán por la secretaría del ministerio y la dirección general del Tesoro. Es de suponer que la primera acuerdo las clasificaciones y la segunda ordene los pagos.

A un periódico de provincia escriben de Madrid que el Gobierno se propone conjurar en parte la tormenta

de la situación económica, introduciendo economías en los presupuestos; pero quiere hacerlo sin ruido, y evitando, según se dice, la discusión de ellas.

Nos parece bien que el ministerio se proponga hacer economías; pero nos parece mejor aún que no las discuta.

Tan bien nos parece todo ello, que dudamos mucho de que la Unión liberal llegue á verificarlo.

Ayer tarde parece que han vuelto á reunirse en casa del señor duque de Valencia varios senadores del partido moderado.

El doctor D. Manuel Sainz de Prado, canónigo doctoral de la Santa Iglesia catedral de Santander, ha sido nombrado teniente vicario general castrense de aquel obispado.

Ayer han estado reunidos los ministros de Hacienda, Gobernación y Fomento, para acabar de disponer el reglamento de empleados civiles conforme á la ley que ha de presentarse en breve á las Cortes.

El día 24 fué bautizado en Sevilla con toda solemnidad por el señor Obispo de Córdoba el nuevo infante, hijo de SS. AA. RR. los duques de Montpensier, habiéndosele puesto los nombres de Antonio María Luis Felipe.

## ULTIMA HORA.

### SENADO.

Continúa el debate sobre el dictamen de la comisión que entiende en la solicitud de autorización para procesar al senador señor marques de Ovieco.

### CÓRTEES.

#### SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 24 de Febrero de 1866.

A las dos y cuarto abrió la sesión el señor duque de la Torre.

Aprobóse el acta de la anterior y se entró en la orden del día, dándose lectura del dictamen de la mayoría de la comisión opinando por que se concediera autorización para que fuese procesado el senador señor marques de Ovieco, accediendo al suplicatorio dirigido al Senado por el Sr. Colombo, gobernador que fué de Salamanca, el cual demandaba de injuria á dicho señor senador.

Asimismo se leyó otro dictamen de la minoría opinando por que no se autorizase el procedimiento. El señor marques de Ovieco expuso cuáles fueron las razones que le movieron á firmar la nota de que se querrela el Sr. Colombo; nota que era puramente confidencial y que no contenía concepto alguno que fuera injurioso para el ex-gobernador de Salamanca, y por consiguiente que era inofensiva.

Esto no obstante, y después de consignar el orador que nada tenía que ver en la cuestión de suministros, suplicó al Senado que concediera la autorización que se pide, puesto que así se aclararía la verdad, que desahacía hacer pública, como pública pidió, y el Senado le concedió, que fuese esta discusión.

El Sr. CÁRDENAS habló para una alusión, afirmando que la nota de que habló el marques de Ovieco era un documento privado.

El Sr. CASTRO Y ROJO pidió á la mesa que se consultase si se entraría ó no en el fondo de la cuestión.

El señor presidente contestó que no había para qué consultar al Senado sobre este punto, toda vez que la cuestión en su fondo era de suministros, y en esto nada tenía que ver la Cámara, sino en conceder ó negar la autorización que se pide.

El señor marques de CORVERA impugnó el dictamen de la mayoría, negando que hubiera causa ni fundamento para conceder la autorización que se solicitaba.

La razón principal que el orador tenía para oponerse al dictamen, era su deseo de que, siguiendo la jurisprudencia sentada por el Consejo de Estado y por el Senado mismo en estos asuntos, se tomaran los acuerdos con vista de la culpabilidad ó inculpabilidad del individuo acusado, y que no siendo el marques de Ovieco por la causa que le imputaba el Sr. Colombo, no era justo autorizar que se le procesase.

Después el orador extendióse prolijamente en examinar los hechos que motivaron la petición que se discutía, insistiendo siempre en que no debía autorizarse el que se procesase al señor marques de Ovieco.

El señor conde de PUNONROSTRO habló para una alusión, negando que contra él se hubiera intentado nunca proceso alguno á pesar de que el señor marques de Corvera le había citado como individuo del Senado contra el que se pidió permiso para procesarle.

El señor marques de CORVERA manifestó que aludía á lo que constaba en un expediente en la secretaría del Senado, referente á una petición que por el ayuntamiento de Madrid se dirigió en 1836 á la alta Cámara para proceder contra el conde de Púnonrostro, por desobediencia á órdenes del municipio.

El señor conde de PUNONROSTRO aseguró que no se dirigía contra él aquella petición, si era que se había dirigido, puesto que en la época citada no era senador.

El Sr. TEJADA, de la comisión, contestó al extenso discurso del señor marques de Corvera, defendiendo el dictamen que se fundaba en el criterio de sus mantenedores, de que el Senado no podía ni debía interponerse entre un tribunal y la honra de un particular que se sentía ultrajado por los hechos ó por las palabras de otro individuo que era senador. Este era, en concepto del Sr. Tejada, el pensamiento de la comisión, y este el principio justo y equitativo, no el que pretendía el Sr. Corvera de que el Senado debía examinar los fundamentos de la acción que se entregaba al tribunal ordinario, porque esto equivalía á convertir la Cámara en un juzgado de primera instancia.

El señor marques de CORVERA rectificó. El Sr. CÁRDENAS habló para una alusión personal, y se levantó la sesión.

Eran las cinco y cuarto.

### CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 24 de Febrero de 1866.

Contestación al discurso de la Corona.

Continuando la discusión de la totalidad, dijo el Sr. CLAROS: Debo inmensa gratitud á la provincia de Navarra que me ha enviado aquí; y de aquí al comenzar mi discurso, la saludo respetuosa y cariñosamente: yo saludo á esa provincia que ha hecho un sacrificio de valor, pues en los momentos en que muchos olvidan las tradiciones de su país, han querido enarbolar aquí á reaclamar, como los barcos ingleses reclamaban de Juan Sin Tierra, su *Magna Carta*. Yo saludo á esa provincia que ha dado también un alto ejemplo de cordura, prescindiendo de matices políticos y encerrando sus aspiraciones en la defensa del principio religioso: toda la diputación navarra representa aquí las mismas opiniones: la de-

fensa del Catolicismo y del principio de autoridad. Yo siento que el Sr. Aparisi no se encuentre entre nosotros; pero constadome sus sentimientos, debo decir que uno de los mayores que tiene es el de no poder levantar su voz en defensa de esa provincia.

Señores, entrando en materia, diré que la Hacienda de los partidos son los principios, y la Unión liberal se los ha incautado todos. El Sr. Posada Herrera ha defendido aquí que los principios, siendo como el aire y el agua, eran *primi occupantis*.

Ya sabemos que los principios son como el aire y el agua, que no pueden monopolizarse; pero sabemos también que el aire se ha hecho para las aves, y el agua para los peces; y la Unión liberal quiere ser como aquel pato de la fábula que decía:

Soy de agua, tierra y aire  
Cuando de andar me canso;  
Si se me antoja, vuelo,  
Si se me antoja, nado.

Señores, si marchamos por ese camino de la promiscuidad de los principios y de las teorías, creo que podremos llegar hasta la poligamia sin que nos conquiste el turco.

Mis amigos han declarado que no veníamos á pretender el poder. Sin embargo, me encuentro establecido el sistema parlamentario, y siguiendo la práctica de este sistema, aunque no lo apruebe, hago una oposición lo mismo á la comisión que al Gobierno.

Yo mismo mucho el proverbio que dice que se debe principiar por el principio. ¿De dónde viene este Gobierno? ¿Cuáles fueron las causas de su entrada en el poder? Yo estuve unido á la administración anterior, á la cual defendí en el Parlamento. Sin embargo, no la defenderé ahora porque hay aquí personas más autorizadas, como los señores Belda y Orovio, que la defienden. Yo solamente diré que he dicho públicamente, y repito, que en aquella mayoría hice el papel de Casandras, vaticinando á mis amigos políticos lo que había de suceder: hoy quiero decir lo que en el Infierno del Dante decía Francesca de Rimini:

E come debí, pur, non m'abbandona.

Yo creo que la base en que se fundan los partidos conservadores, es el principio de autoridad: todos los que reconocen este principio, son para mí ramas del mismo árbol. Pero creo que este Gobierno está fuera de ese principio, porque ha presentado una serie de soluciones que entrañan la revolución.

Yo citaré para demostrarlo, aquella oposición que si no era facción en el fondo, lo era en la forma, que se hizo proyecto de 600 millones, presentado por el señor Barzanallana: también citaré la cuestión de Santo Domingo, en la cual se quiso la unión liberal hacer popular, mientras de botines adentro daba gracias al Gobierno por haber dado fin á la ocupación de aquella isla, cuya aceptación había sido una de las empresas más descabelladas de este siglo. Haré también una indicación sobre la famosa investigación en que la Unión liberal se manifestó aquí y en la prensa lo más anárquica y revolucionaria.

La conjuración de Valencia vino después. El Gobierno reprimió la revolución, pues no llegaron á esclarecerse á la calle los revoltosos. Y entonces, además de la alianza de la Unión liberal con la revolución, tenemos unas palabras, en las cuales defendió á un general á quien se atribuía participación en aquellos sucesos.

Un general completamente faccioso, y que se presentaba como tal, venía á ser aquí defendido: ¿por quién? ¿Por el hombre más respetable de la Unión liberal? ¿No quiere decir nada esta defensa? ¿No puedo invocarla como una clave para descifrar esos misterios? Yo no tengo clave, pero tengo un apólogo: el del mono, el gato y las castañas. Yo no diré quién es el mono, pero todos saben quién es el gato, y desde aquí estoy viendo á los que se han comido las castañas.

A poco tiempo, habiendo entrado la Unión liberal en el poder, hubo quejas públicas de los que acusaban á la Unión de haber jurado lo que estaba dispuesta á derribar. ¿Son calumnias estas imputaciones? ¿Por qué no se han contestado? ¿Por qué á interpelecciones tan graves como sobre este punto se hicieron aquí por el Sr. Aparisi, no se levantó el señor duque de Tetuan para desmentir la imputación?

En el siglo XI teníamos un Rey que dividió el Estado entre sus hijos: el mayor, D. Sancho, creyó que se violaba la ley política del país, y juntando fuerzas lo destruyó á sus hermanos D. Alonso y don García.

Hallándose sobre Zamora, un hombre de corazón, engañándole y llevándole á sitio retirado, le arrojó un venabio y le dejó muerto. Bastó que esto fuese la causa de la muerte para que, tenido por traidor Belido Dollos, se obligara á D. Alonso á jurar que no había tenido parte en la muerte de su hermano D. Sancho. Yo creo que estamos en el caso de exigir juramento igual al duque de Tetuan.

Mientras S. S. no rechace esa calumnia y la arroje á la cara de sus autores, nosotros estaremos en el derecho de decir con el romancero:

Y vos no estais muy seguro  
De la calumnia propuesta,  
De la negra trama urdida  
Allá en Valencia la bella.

Que aun hay sangre de Belido.  
En nobies é innobies venas,  
Y el que lizo aquí venabio  
Fará, si le pagau, treinta.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pido que se escriban esas palabras.

El Sr. PRESIDENTE: Ha oído V. S. lo que acaba de decir el Gobierno por boca del señor presidente del Consejo de ministros. El señor presidente ha pedido que se escriban las palabras pronunciadas por V. S., por consideraras injuriosas. Yo no he impedido el que hablara S. S., porque en el orden de ideas que estaba expresando no era fácil determinar el límite entre la lícita censura y lo que podía herir la legítima susceptibilidad del Gobierno. Si el señor presidente del Consejo de ministros, en uso de su derecho, insiste en que se escriban las palabras, desde luego se escribirán; pero si el señor presidente del Consejo, como yo lo deseo, quedara satisfecho con las explicaciones, tan leales y completas como yo suplico al Sr. Cláros que las dé, yo no insistiré y rogaria que hiciera lo mismo el señor presidente del Consejo de ministros.

El Sr. CLAROS: Sirvase V. S. decir qué especie de explicaciones quiero que dé, porque estoy dispuesto á dadas.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Ya se lo diré á S. S. Su señoría me ha aplicado unos versos suponiéndome á mí un Belido Dollos; pues espique que esas palabras no han aludido á mí, ó sino se las devolviera á S. S. y se las echó á la cara cien veces por falsas y calumniosas. Tenga entendido S. S. que aun cuando sea presidente del Consejo de ministros, no ha degenerado de la sangre que llevo en mis venas, y que no permitiré á ninguno que venga á arrojarme aquí insultos, amparado por la inviolabilidad que dentro de este recinto gozan los diputados de la nación.

El Sr. CLAROS: Voy que el señor presidente del Consejo de ministros no ha entendido mis palabras. Si eso se lo dice el Cid al Rey, si eso se lo dice don Alonso, cómo no le es de poder yo decir al duque de Tetuan lo que dice el Cid al Rey D. Alonso?

El Sr. PRESIDENTE: No se trata ahora de explicar el *Romancero*; de lo que se trata es de que V. S. dé la explicación que se le pide, porque de tal manera se han trabado las especies, que ha podido entender y ha entendido el señor presidente, que S. S. aceptaba su honor y sus antecedentes, y su conducta como caballero, y por lo tanto el presidente está en el derecho y en el deber de exigirle de S. S.; que su señoría dé una explicación tan franca y categórica como corresponde, como yo la espero de la lealtad y caballerosidad de V. S.

El Sr. CLAROS: S. S. espera muy bien; pero precisamente esas explicaciones que me pide, son las que yo estoy dando. Yo no he hecho el cargo de traidor al señor duque de Tetuan; lo que he dicho, es que

han calumniado al señor duque de Tetuan, y que el señor duque de Tetuan no ha contrariado esas calumnias, y que los calumniadores son los que se las han dirigido.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El calumniador es... (Momentos de agitación).

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, ¿puede negarse V. S. á declarar que no ha sido su ánimo ofender al señor presidente del Consejo de ministros en su dignidad, en su honor de caballero y de hombre leal? Esta es la satisfacción que exijo de S. S.

El Sr. CLAROS: Pero, señor presidente, si precisamente....

El Sr. PRESIDENTE: Permítame V. S.; no he concluido. Las palabras de V. S. son graves; es menester que las explique. El señor presidente del Consejo está en su derecho pidiendo las explicaciones que ha pedido, como lo está el presidente del Congreso y como está V. S. en el deber de dar esas explicaciones, muy dignas y muy sencillas. Está V. S. expandiendo y explicando la historia del Rey D. Alonso, y no es menester entrar en esas investigaciones eruditas, históricas, para terminar este incidente. Basta con que su señoría, en cumplimiento de un deber, que reconoce, y que yo creo que reconocen todos los señores diputados que me escuchan; basta, digo, que V. S. declare que no ha sido su ánimo ofender en su honor ni en su dignidad al presidente del Consejo.

El Sr. CLAROS: Sin duda alguna, esa declaración por dada; pero yo quiero probar que no he dicho eso en el sentido que ha entendido el señor presidente del Consejo de ministros; pero á mi vez, como está habiendo las palabras, que no llegaron á mi oído, de que el calumniador era yo, ruego al señor presidente se sirva exigir la correspondiente explicación de ellas al señor presidente del Consejo.

El Sr. PRESIDENTE: El señor presidente del Consejo ha empezado por declarar que no ha querido ofender á S. S.

Tiene la palabra el señor presidente del Consejo. El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Sabe la Cámara que hace mucho tiempo que asisto á este Cuerpo; que vengo desempeñando el cargo de ministro de la Corona, y que jamás he faltado á ningún representante del país. Apelo al testimonio de amigo y adversario. Pero cuando veo que un señor diputado se levanta como se ha levantado el Sr. Cláros ó el Sr. Oscuras, que no sé cómo se llama S. S....

El Sr. BELDA: Pido que se escriban esas palabras ofensivas á un diputado.

El Sr. PRESIDENTE: Orden, señores, orden.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Yo no acostumbro á faltar, ni he faltado nunca al respeto que merece el Congreso de los diputados; pero apelo al sentimiento de los señores que escuchan, y que no podrán menos de comprender la emoción con que estoy hablando. El Sr. Cláros ha hablado aquí, y ha hablado de esa manera artificiosa en el modo de decir, y oscuro, que es peculiar de S. S. Ha citado unos versos del *Romancero*, aplicándome á mí las palabras dirigidas al que asesinó al Rey D. Sancho en los muros de Zamora; y exigiéndome el juramento del Rey castellano ha dicho que yo debía venir aquí á prestar un juramento. Juramento, ¿y de qué? ¿De que no soy Belido Dollos? A eso me he referido cuando he usado con S. S. la palabra calumniador, y á eso he dicho que si decía S. S. con la intención que parecía dar á entender, yo le devolvería esa palabra al rostro.

Por consiguiente, si explica S. S. sus palabras; si declara terminantemente que al citar esos versos no ha tenido intención de ofender mi honor aquí en este sitio, porque fuera yo no necesario que me lo defendiera nadie; si me explica, repito, esas palabras, yo explicaré las mías. Señores, me expreso así con este calor, porque tengo derecho á hacerlo. ¿Pues qué, señores, no corre por vuestras venas sangre española? ¿Permitiréis jamás que nadie se atreva á faltarme y á insultarme, como lo ha hecho el señor á quien me he referido? No sería español ninguno que pensara de distinta manera. Pues qué, ¿porqué yo tenga la honra de ser presidente del Consejo de ministros, soy algún párrafo á quien todo el mundo tiene el derecho de insultar y denostar, como se no insulta ni se denosta al último soldado español? No, y mil veces no; si así pudiera ser, antes iría no a una, sino mil veces, á depurar á los pies de S. M. el cargo honroso que me ha encomendado. Porque antes que todo es mi honra, y debe saber el Sr. Cláros que, impunemente, ni él ni nadie faltará á ella.

Ruego á la Cámara que dispense el calor de mis palabras. Veo la situación en que me encuentro, y comprenderá que no he podido hablar de otra manera que como lo he hecho, porque hago la justicia á todos los señores diputados de que, si estuvieran en mi caso, harían lo mismo que yo.

Yo ruego también al señor presidente me dispense si en algo he podido faltar á las conveniencias parlamentarias. Concluyo, pues, por decir, que ateniéndome á lo que aquí corresponde en este momento, voyido al Sr. Cláros que declare terminantemente si esas palabras que ha citado lo ha hecho con intención de ofender, no solamente al presidente del Consejo, al senador del reino, sino al caballero particular.

Si S. S. hace esta declaración, yo no tendré inconveniente en retirar la palabra que dije antes de que arrojaba á su rostro la calumnia, pues no existiendo esta, no tengo derecho á arrojársela á S. S.

El Sr. PRESIDENTE: Habrá oído el Sr. Cláros que el señor presidente del Consejo de ministros declara que no había sido su ánimo ofender á S. S.

El Sr. Cláros se ha quedado después de palabras pronunciadas por el duque de Tetuan antes de levantarse á hacer uso de la palabra. El señor presidente del Consejo ha declarado que las palabras pronunciadas de S. S. en su banco, las ha pronunciado en un sentido puramente hipotético, y acaba de declarar con toda franqueza y lealtad que no ha sido su ánimo hacer ninguna injuria al Sr. Cláros, ni imputarle nada que pudiera ofender su honra ni su legítima susceptibilidad.

En este supuesto, ruego al Sr. Cláros que, correspondiendo á la declaración que acaba de hacer el señor presidente del Consejo de ministros, se sirva hacer la manifestación que crea oportuna en estas circunstancias; debiendo yo añadir en justicia y en verdad, que creo firmemente que no ha sido el ánimo del Sr. Cláros, aunque haya sido otro el efecto que haya podido causar; que no ha sido el ánimo del señor Cláros, al invocar la historia, el equiparar al presidente del Consejo de ministros con persona alguna indigna.

Si yo hubiera previsto que de esa manera podían ser comprendidas las palabras del Sr. Cláros, no hubiera permitido que se pronunciaran. Ruego al señor Cláros que, correspondiendo á la manifestación del señor presidente del Consejo de ministros, se explique de la manera terminante que requiere en este momento la situación.

El Sr. CLAROS: Señor presidente, me adhiero enteramente á lo que V. S. acaba de decir; la explicación de V. S. no puede ser más exacta, y la aceptación como mía con mucho gusto. S. S., que conoce bien la historia literaria, sabe que esas palabras de Belido Dollos se dirigían á otro que conspiraba contra D. Alonso, mal podían ir dirigidas contra su señoría. Ahora, para dar una prueba, ayor de docilidad, hago caso omiso de ciertas palabras inconvenientes del señor presidente del Consejo de ministros, jugando con mi apellido....

El Sr. PRESIDENTE: El señor presidente del Consejo de ministros se ha expresado y explicado ya en términos que creo que habrán satisfecho á la Cámara y á V. S.

El Sr. CLAROS: Quisiera yo también que el señor presidente del Consejo de ministros se sirviera hacer una manifestación de una palabra suya.

El Sr. PRESIDENTE: Este incidente está terminado. Sirvase V. S. continuar.

El Sr. CLAROS: He dicho que convenía al señor duque de Tetuan contestar á esas calumnias.

El Sr. POL



El Sr. CLAROS: Voy a tratar de la conducta de la Unión liberal en la cuestión de enseñanza. ¿Sabeis cuál es la tesis del Sr. Posada Herrera en este punto? Pues es la declaración de que la enseñanza para nada es sagrada. Véase lo que decía S. S.: «Al lado de la conversión, al lado de las necesidades de la época, de los progresos de las ciencias, de la lectura de los periódicos; al lado de ese conjunto de cosas y de influencias en nuestra educación, la situación de la escuela y de la cátedra es nada, es muy poco, es insignificante.»

Su compañero el Sr. Cánovas salió a defensa suya, diciendo que este era un rasgo humorístico. Pero continuaba el Sr. Posada Herrera:

«Pues qué, ¿casi todos los hombres que pertenecen hoy a la política, dónde hemos estudiado? ¿En qué libros? ¿Con qué maestros? Yo aprendí filosofía por Guzmán, cánones por Devoti, y los maestros que tuve eran todos, claro está, proporcionados a la época. ¿Influencia nada en mis opiniones ni las modificaron? ¿Quiera Dios que no las hayan irritado! ¿Quo no hayan producido el efecto contrario! Puesto que tengo el gusto de ver en frente al Sr. Cánovas, me dirá si después de esto se puede sostener que aquello fuera un rasgo humorístico. Yo creo que no. Pero si en efecto la instrucción de la cátedra y de la escuela no sirven para nada, ¿por qué el Sr. Posada Herrera dirigió aquellos ataques que se permitió al Catolicismo?»

Vamos lo que quiere S. S. como práctica en la educación:

«Lo único que debe hacer el Estado, dice, es procurar que la instrucción pública guarde un término medio con la manera de pensar de los tiempos; que sea un cauce por donde todas las ideas y todos los principios que dominan en el siglo pasen al ánimo de la juventud, etc., etc.»

Esta teoría ó es cosa muy vulgar ó es muy mala. ¿Se quiere decir que hay que poner al corriente a los jóvenes de todos los errores? Esto es cierto, ¿pero cómo? Contrariados, poniendo al lado del error su refutación. La instrucción debe ser un cauce por donde corran las ideas puras y limpias.

De los principios pasemos á las obras, y ántes observemos que el art. 2.º del Concordato manda que la enseñanza será en España en gran parte católica. Pues bien; los textos condenados como anti-católicos han continuado rigiendo en las universidades. Hay ahora un hecho nuevo que pertenece al Sr. Posada Herrera, la Vega de Armijo. La filosofía de Krause, filosofía impia, ha sido condenada por la Congregación del Índice. Pues bien; yo creo que una Real orden dada por el ministerio de Fomento, con fecha 24 de octubre (La ley).

Se habla aquí de las obras del Sr. Sanz del Río; es decoroso que un ministro de una Real católica se ponga en contradicción con las declaraciones de la sagrada congregación del Índice? El sentimiento católico del país se alarma con estas decisiones.

Paso de los textos materiales á los textos vivos. En la Universidad se declaró por ciertos católicos la insurrección contra el principio de autoridad. Se formó una causa: ¿qué sucedió al adelantamiento de la Unión liberal? Que los católicos separados fueron inmediatamente reprimidos. El insulto había sido directo á la Monarquía; ¿los católicos se jactaban de ser democratas; sin embargo, el Gobierno les repuso en sus cátedras. En el Senado se hizo este argumento: el Gobierno no sólo ha violado el derecho pío, sino que en la de los intereses morales está por bajo de los Gobiernos racionalistas de Europa. Y se citaron los nombres de Michelet, de Renan, de Strauss, separados de sus cátedras por los Gobiernos respectivos. Pues bien; yo creo que un Gobierno católico no debe en esta parte quedarse á la zaga de los Gobiernos protestantes.

Sobre imprenta, la política de la Unión liberal ha tenido tres períodos: el primero, de la fluctuación; el segundo, de la barbarie; y el tercero, de la arbitrariedad.

El Sr. UHAGON: Pido que se repitan esas palabras.

El Sr. CLAROS: Yo las explicaré.

El Sr. PRESIDENTE: Suplico á V. S. que evite nuevos incidentes desagradables.

El Sr. CLAROS: Por mi parte no daré motivo á ellos. En el primer período, la Unión se parece á una nave abandonada á merced de las olas, ó á un buque que destina á proteger las costas, deja pasar todo el contrabando.

Llega después la época de la barbarie, y cuidado que yo no hablo de las personas, sino del hecho. El hecho á que me refiero es la supresión violenta de un periódico subversivo y libelista, que yo condeno tanto como los que fueron objeto de sus calumnias. El periódico cometió un acto indigno, nauseabundo; pero la Unión liberal no lo reprimió, sino tolerando un acto de barbarie y de fuerza bruta. Yo no censuro al particular, cuyos motivos disculpo; censuro al Gobierno. Y bien, señores; aquí se habla atropellado la Religión, el nombre de S. M., el de los Opositos, todo lo más respetable, y la Unión liberal no reprimió esos escándalos. Debo, pues, condenar que se ategase la prensa por la fuerza particular. ¿Cuán triste situación para el Trono y la Reina que no habían sido defendidos de esa manera! ¿Es lícito dejar correr la indignación justísima de un hijo que defiende á su madre? Pues la Reina es la madre de todos los españoles. La Unión liberal, á la que se había confiado el Trono y la persona que le ocupa, tiene la obligación de defenderle. En aquellos tiempos, señores, la Reina de España no podía llamarse, como en los antiguos, Reina de Castilla y Aragón, de Valencia, de Córdoba, de Sevilla y demás provincias, ¿por qué permitía esto la Unión liberal?

Pasada esta época, entra la Unión liberal en la del arbitrarismo, de la cual yo no me ocuparé ahora, limitándome á condenar todos los hechos acerca de la imprenta en esa época. Cuando esto se discuta, trataremos ampliamente la cuestión; por ahora me bastará decir que yo soy partidario del sistema preventivo.

Si el señor presidente me lo permitiera, desearía algunos minutos, porque me encuentro fatigado y aun tengo necesidad de hablar bastante tiempo.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Cuánto tiempo cree V. S. que lo bastará para descansar?

El Sr. CLAROS: Creo que tendré bastante con diez minutos.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión por diez minutos.

Continuando la sesión, dijo

El Sr. CLAROS: Siguiendo el orden de mi discurso, voy á entrar en la cuestión de Italia, especialmente en la cuestión de la enseñanza. De la situación que esta cuestión tiene no puedo decir nada nuevo; me limitaré, pues, á hacer un resumen de lo dicho en pró y en contra del reconocimiento, siguiendo un sistema contrario á la oratoria y puramente escotológico, que si no es el más agradable, es el más á propósito para bascar la verdad.

Voy, pues, á presentar la cuestión en siete argumentos que definen nuestra tesis y en siete sofismas que defienden la contraria. Para nosotros los letrados españoles, el número 7 es un número agradable, porque es el de nuestras Partidas. Es también el de los que hemos defendido la emienda del Sr. Nocedal, y hasta el número de los españoles que convirtió el Apóstol Santiago, y que luego se han convertido en tantos millones.

Empezaré la exposición de los argumentos por el que yo llamaré *entinción subrepticia de esta cuestión*. Nosotros habíamos planteado aquí la cuestión de Italia francamente, y el señor ministro de Estado este verano nos daba la contestación siguiente: «No me proponía ni me propongo ahora contestar detenidamente al discurso del Sr. Caltaña. Aguardaba á que todos los señores que tienen pedida la palabra hubiesen usado de ella; á la aguardaba más: aguardaba á que todas las proposiciones sobre este mismo punto que se han presentado á la mesa hubiesen sido apoyadas por sus autores, á que hubiesen concluido todas las alusiones personales, á que hubiesen hablado todos los que se proponen hacerlo, para cerrar el debate y contestar de una vez.»

Me atreveré á pedir á la mesa que, en vez de estas frases, se constituyeran las de cerrar el Congreso y andar con la puerta en la cara á todos los señores diputados, porque esto fué lo que sucedió; esto fué el modo que hubo de cerrar el debate.

En un examen que he hecho yo escribiendo estadísticas, he dicho que esto era darnos un esquinazo parlamentario. ¿No os gusta la palabra? ¿Pues y el hecho? ¿Os parece digno de un Gobierno que ama la discusión hacer lo que entonces se hizo?

El argumento segundo lo llamaré *la impotencia completa*, es decir, la falta de motivos para reconocer ese reino que reposa sobre la unidad de Italia, la cual os han probado ya muchos oradores que es un imposible y una completa indiscusión.

Pero aun dejando la cuestión de actualidad, os diré que la unidad de Italia ha de ser muy perjudicial para España. Pronto estará abierto el ítem de Suez, cuya apertura traerá consigo una revolución completa en el comercio y en las relaciones del Asia con la Europa, y entonces vendrá á ser Italia el centro de ese comercio, sobre todo Génova y Venecia. Ahora bien; una nación semejante á la nuestra, con la fuerza de la unidad y con ese desarrollo material, ¿cómo, señores, que no hará que se aminore muchísimo nuestra importancia europea? ¿Creeis que puede sernos conveniente el al porvenir contribuir á que Italia sea una?

El tercer argumento es el que llamaré *la negación del principio nacional*. Esto os lo hemos hecho el señor Nocedal y yo, y nadie le ha contestado. En vano hemos apelado al sentimiento católico; nada habéis podido contestar á las razones que os hemos expuesto acerca de él.

El cuarto argumento es el que yo llamaré *el retorcimiento*. Es únicamente la vuelta de la cración por pasiva; es decir, que todos vuestros argumentos se vuelven contra vosotros, porque como habéis estado cinco años en el poder, todo cuanto decís ahora para defender el reconocimiento, debéis haberlo tenido presente cuando mandabais en 1859. Insignificancia, intereses y sentimientos, simpatías al Sumo Pontífice, todo lo que decís hoy se vuelve contra vosotros en aquella época.

El quinto argumento lo llamo *negación sustancial del principio católico*, y este es nuestro argumento. Aquellos. El Catolicismo no es más que el principio de autoridad; si Dios no está siempre con su Iglesia, venimos al protestantismo, porque los Obispos y el Papa serán tan fallibles como los demás hombres.

Los católicos no cesan de decir para sí *autoridad, autoridad*, y esto es lo que he negado el Sr. Posada Herrera. El Sr. Nocedal, al mismo tiempo que os hablaba de esto, ha hecho una magnífica defensa de los Obispos españoles, y yo le doy gracias por esta defensa, y confirmo lo que ha dicho S. S., añadiendo á lo que decía, lo que decía Tácito de la imágen de Bruto y Casio, en los funerales de cierto ilustre romano *eo ipso in signiorum quorum imaginis eorum non visibatur*.

Sexto. *Violación radical del derecho*. Consecuencia natural del anterior. Atacado el principio católico, es natural la violación del derecho que nace de la declaración católica de los deberes. No esperéis ya seguridad para nadie. El día que las masas vean que se pueda robar al Papa, comprenderán que se puede robar á todo el mundo.

«Yo os acuso, pues, de que no habéis sabido comprender estas ideas, y diré de vosotros lo que dice el principio de los ascéticos españoles acerca de los pecadores: que no perciben la fealdad del pecado, como no perciben el mal olor las personas acostumbradas á habitar en lugares donde hay malos olores.

Séimo. *El derecho pretorio*. Este argumento lo expuso el Sr. Nocedal, y yo le llamo así porque le comparo con aquella ley romana que disponía que á cualquier pretor que hubiera hecho una ley, se le aplicara eu cuanto dejara de serlo; pues bien, señores, reconocido el derecho de anexión y separación en Italia, tendreis que reconocerle aquí lo mismo.

Vamos lo que yo dije de esto, y lo que se me contestó: «Pues bien, señores ministros de S. M., vosotros vais á poner á S. M., á la Corona, á su augusta dinastía, bajo la influencia de ese terrible principio. El día que reconozcáis el reino de Italia, no hay más remedio *quod quisque furis in alterum statuerit, ut ipse eodem ure stantur*».

¿Queréis saber lo que es el derecho pretorio? Pues leed una proclama del general Prim, que acaba diciendo: «Vivan las Cortes Constituyentes.» Eso es el derecho pretorio; es la amenaza de Dios que está pendiente sobre el Gobierno y sobre el Trono de S. M. (Rumores).

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, sírvase V. S. explicar esas palabras; S. M. la Reina es inviolable, y es preciso que V. S. dé satisfacción de esas palabras en este sitio.

El Sr. CLAROS: Señor presidente, he dicho que la proclama del general Prim...

El Sr. PRESIDENTE: V. S. no tiene derecho á interrumpir al presidente ni de erigirse aquí en órgano de la Divinidad para dirigir bajo esta fórmula una amenaza al Trono.

El Sr. CLAROS: He dicho que la amenaza está en la insurrección, y yo condeno esa amenaza.

El Sr. PRESIDENTE: No es la amenaza de la insurrección la de que se trata; es de la que ha salido de los labios de S. S. dirigiéndose al Trono.

El Sr. CLAROS: Yo puedo decir mis ideas, buenas ó malas.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. cree poder decir muchas cosas que no debe; á lo cual, sin menoscabo del derecho de V. S., pone correctivo el presidente, de cuyos labios durante toda la sesión, á pesar de la benignidad con que ha tratado á S. S. (y en abono de esto apelo á cuantos señores le han escuchado), á pesar de su tolerancia, se ha ido V. S. estrelando cada vez más.

Hara V. S., por lo tanto, muy bien, y estaría en su lugar si retrase esas palabras, ya que hasta ahora no ha atendido á las observaciones que en este sentido le ha hecho el presidente.

El Sr. CLAROS: Lo que crea S. S. que puede herir al Trono de S. M., lo retiro completamente.

El Sr. PRESIDENTE: Continúe V. S.

El Sr. CLAROS: He concluido los argumentos y paso á los sofismas.

Ya sabéis, señores, que el jurisconsulto Bentham escribió un libro de *Sofismas políticos*. Yo, si tengo tiempo, escribiré otro que titularé *Sofismas liberales*, de los cuales voy á ir citando ahora algunos.

Primer sofisma. «El aislamiento.» Este ha sido casi el único argumento del señor ministro de Estado en el año anterior, y ya le contesté yo entonces que lo mejor que podía hacer la Unión liberal era aislarse y no comprometerse con sus estravíos. Pero otra contestación ha recibido también el ministerio manifestándole que el aislamiento era falso, porque nadie dejaba de recibir nuestros embajadores, y áun hay otra más eficaz, que es la nota del general Lamarmora, que prueba bien si el aislamiento era bueno ó malo. El año pasado os decía yo en el mismo discurso á que antes he aludido:

«Señores ministros: vais á Italia en nombre de la revolución. Yo no os haré la injusticia de creer que vosotros vais como cómplices; pero vais como acólitos.»

Peraltidme ahora creer que estuve feliz en esta expresión, porque la nota de Lamarmora quitándole sus finas formas se reduce á decir que allí estamos demas y que no servimos más que para tocar las campanas ó agitar el necesario.

Entonces también decía respecto de los diplomáticos lo siguiente:

«Pues ahora bien: yo os digo que tiemblo siempre que veo á mi país enlazado en las redes de la diplomacia europea. Nosotros hemos tenido grandes triunfos en todos sentidos; nosotros hemos tenido grandes generales, grandes ingenios; pero grandes diplomáticos creo que no los hemos tenido jamás. Aquí hay personas que conocen la historia mucho mejor que yo, y les reto para que me desmintan. En diplomacia la España ha sido infelizísima constantemente; á nosotros nos han estado engañando constantemente to-

das las naciones, desde los cartagineses y los fenicios hasta los portugueses.»

Y francamente, señores, después de la nota de Lamarmora me declaro impotente y relapo, por más que siento que esto sea una censura para mi amigo el Sr. Mon.

El segundo sofisma lo llamaré *la razón de la situación*, y si esto no os gusta, ala petición de principio ó la absoluta carencia de razón de ser. La razón de ser del reconocimiento es, según el Gobierno, los intereses y sentimientos permanentes de la nación, y esto no es exacto, como os lo hemos demostrado ya hace tiempo el Sr. Nocedal y yo. Esos intereses no pueden ser de ninguna clase, y yo os desafío á que manifestéis cuáles son.

Sofisma tercero. «Paradojas políticas ó contrasentidos diplomáticos.» Parecen mentira tales invenciones de lo cierto, pero son exactas. Este sofisma comprende otros, como la seguridad del tratado de Villafranca, la Iglesia libre en el Estado libre.

Otra paradoja es la independencia política del Estado pontificio en medio de la Italia una, que yo os comparaba hace tiempo á una palangana en que hubiera un redondel seco rodeado de agua: es claro que este espacio no podría menos de mojarse al menor movimiento.

También es paradoja la *oportunidad de lo inoportuno*, porque no puede considerarse hoy como tal el reconocimiento, cuando precisamente no tiene el Papa menos ningunos de defensas.

Otro sofisma es el de las *decepciones diplomáticas*, en el cual me refiero á lo que ha dicho el Sr. Nocedal sobre reanudación de relaciones, aquiescencia del Papa, etc. Yo pido al señor ministro que nos explique todo esto, que verdaderamente no está muy claro.

El quinto sofisma es el *auxilio falso*. Efectivamente: se pretende que reconociendo Italia se presta un auxilio al poder temporal.

Yo tengo que citaros con este motivo la parábola del samaritano herido, que llamaba al transeúnte y le pedía auxilio, á pesar de lo cual este se iba con los que le habían maltratado.

El sofisma sexto son *los hechos consumados*. Señores, como estáis prevenidos en contra de mis palabras, no os diré nada por mi cuenta; pero os citaré aquellas de M. Molé: *Il n'y a rien de plus brutal qu'un fait*. Yo, apoyado en esta autoridad, os diré que este sofisma pertenece al género de los sofismas brutales, y os citaré unas palabras que el Cardenal Arzobispo de Burgo dirigía á S. M. la Reina.

Pero aquí tenemos que no tan sólo el derecho, sino también el hecho, está solamente reprobado y condenado por el Soberano Pontífice: «Condenamos, ha dicho este, desaprobamos, rechazamos y abolinamos todo y cada uno de estos actos cometidos contra nuestro poder legítimo y sagrado, y contra el Principado de la Santa Sede...» «Condenamos, añade en otro lugar, y declaramos nulos é irritos, no solamente los hechos mencionados, sino todos los demás actos contra nuestro poder temporal, y el poder, la denominación y la jurisdicción de esta Santa Sede. Los que han contribuido con su consejo ó su adhesión á los actos de que queda hecho mérito han incurrido en las censuras y en las penas eclesiásticas que dejamos consignadas.»

«Ahora ahora V. M. si una Reina y una nación católica pueden reconocer esos hechos; si pueden entrar en tratos y negociaciones con personas tan solemnemente separadas de la comunión de los fieles, y si esta gravísima pena no alcanzará á los que de cualquier manera que sea se adherían á esos ilícitos hechos.»

Ahora bien, señores: yo os diré acerca de esto que todos los crímenes y delitos son crímenes y delitos precisamente por ser hechos consumados. La teoría cristiana en esta parte es incontrovertible; y yo, apoyado en ella, rechazo los hechos consumados, que llevados á sus últimas consecuencias nos traerían la consagración de las persecuciones de Diocleciano, que casi dieron por resultado la extinción del cristianismo.

El sétimo sofisma es la *justicia de las mayorías*. Señores, yo creo que la justicia no es cuestión de números, porque si lo creyera vendría á abogar por el sufragio universal, rechazado por nuestro espíritu profundamente católico.

No hay, pues, sofisma posible en esta cuestión, y no hay otra solución para ella que la que le damos los que hemos votado aquí con la emienda del Sr. Nocedal.

Señores, voy á concluir mi discurso con la cuestión de economías, y en ella seré breve porque ya ha sido tratada por el Sr. Moyano. Esta es una cuestión, aunque pequeña en sí, grande por las circunstancias en que nos hallamos, y que la hacen cuestión de vida ó muerte. Yo apruebo el espíritu de la emienda del señor Moyano y la acepto: el Sr. Nocedal ha levantado después más aun esta cuestión, poniéndola á la altura de una cuestión social, en cuya altura creo que yo deberé tratarse aquí.

La cuestión económica se puede concentrar en dos puntos: la financiera y la económica-social. En cuanto á la primera, el Sr. Nocedal os lo ha dicho: os contaré hagais ser en vano mientras no lleguéis á la severidad de nuestros principios. El liberalismo, que es una mentira en todo, es una verdad para devorar los recursos más cuantiosos. ¿Cuál es, pues, el correctivo de esto? La variación de principios; la sustitución del espíritu cristiano de laboriosidad, de orden, de modestia, al espíritu liberal de desorden, de despilfarro, de empleomanía, etc.

En cuanto al punto económico-social, yo os daré, no mi teoría, sino la de un liberal tan poco sospechoso como el Sr. Pastor Díaz, que decía que el liberalismo había tenido tres etapas. En la primera quiso que todos los hombres fueran libres; en la segunda que todos fueran nobles, es decir, todos iguales; pero la tercera etapa es querer que todos sean igualmente ricos, y esto es imposible, este es el tropiezo del liberalismo. Es menester, pues, para buscar el orden concluir con ese principio, y una vez que haya desaparecido la reforma se hará por sí sola.

Y bien: ¿Cuál puede ser el remedio de todos estos males? La sustitución del espíritu del Catolicismo al espíritu de liberalismo que tenéis concentrado en el parlamentarismo y el militarismo. Yo no quiero condenar al ejército; pero no quiero que esté fuera de su órbita. Acomodad á mi país las instituciones inglesas, y habreis concluido con todo eso.

El señor duque de Tetuan nos ha dicho que no quiere la reorganización del ejército; pues yo lo deseo, y creo que conmigo la desea el país. Voy á decir mi última palabra sobre este punto. Pocos días antes de morir el Sr. Pacheco decía, hablando de política con algunos amigos, que la libertad de la imprenta no podía seguir como estaba; pero que él no podía llevarla á donde debía ir: lo mismo digo yo al ministerio: es menester que este sistema se varíe, y el Gobierno actual no lo puede variar.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, no teneis el Congreso ni que le fatiguen ni que excite aquí tempestades; he recordado mi calma habitual, y voy á ser muy breve.

Pero áy de entrar en la cuestión voy á decir al señor Nocedal, que habla del militarismo, que S. S. en una época en que Europa estaba más tranquila que hoy formaba parte de un ministerio que elevaba el ejército desde 70,000 hombres hasta 137,000 sólo para mantener el orden en el interior. Hoy no se quiere tener tanto, y eso que no está el país como en aquellas circunstancias.

Viniendo ahora á la cuestión, diré al Sr. Cláros que el 26 de Junio del 65, cinco días después de haber jurado el Gabinete, el Sr. Cardenal nos hacía una pregunta acerca de lo que había dicho un periódico i oportunisto, órgano de cierto partido, sobre el acto de jurar el actual Gabinete. La pregunta fué clara, terminante, explícita.

Pues yo contesté al Sr. Cardenal que yo no había conspirado nunca contra las altas instituciones de mi país, porque no se puede llamar conspirar el ponerse de acuerdo legalmente para conseguir un fin político determinado, derribando en el terreno legal un Gabinete que se consideraba funesto para el país, y que todo el mundo me conocía y sabía que había sabido siempre cumplir con mis compromisos.

La contestación fué también terminante, clara y explícita, y si la hubiera recordado el Sr. Cláros no habría habido, como lo ha hecho, refiriéndose á mi persona.

El Sr. CLAROS: Yo jamás me he permitido la más pequeña palabra que envuelva una calumnia contra su señoría. Mi cargo era porque S. S. no había rechazado esas calumnias que partían de otra parte. Es cierto lo que dice S. S.; pero lo que yo extraño es que á esos calumniadores no los llevara S. S. á los tribunales.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Yo tengo mi historia; todo el mundo sabe cómo he obrado siempre, y por consiguiente no me importa lo que pueda decirse por nadie de mi persona como hombre político. Contesté á esas calumnias como debía la primera vez que se formularon; después no he hecho más que despreciarlas.

El señor ministro de ESTADO: Señores, á la hora que es, comprenderé el Congreso que yo no puedo entrar á contestar ni al Sr. Cláros, ni al Sr. Nocedal; sin embargo, no cumpliría con mi deber si antes de levantarse la sesión no rechazase dos ó tres cargos del Sr. Cláros y no llamase la atención sobre ciertos síntomas, sobre ciertas tendencias que vienen estableciéndose aquí con una constancia siempre creciente.

Hablo del propósito de querer desacreditar el partido liberal y el gobierno representativo; hay aquí una fracción, cuyo número legal es el número simbólico de siete, y que dice que empieza por clavar su bandera «española y católica»; bandera que por cierto no es monopolio de ningún partido, y mucho menos en era, cuyos actos no están conformes con la historia y con la independencia española.

Decían los individuos de esa fracción, que tienen el país detrás de sí. ¿Cuál es su número? Siete. ¿Cómo han venido aquí? ¿Por qué medios? (El Sr. Villoslada y el Sr. Tejado piden la palabra). Conviene en las cuestiones políticas en religiosas, perturbando las conciencias, haciendo del Clero un instrumento político para llevarle á las urnas electorales, y convirtiéndolo algunas veces las cátedras del Espíritu Santo en medio de hacer unas elecciones.

Todos los años nos hablan estos señores de parlamentarismo, y nos dicen que es contrario á la Constitución, que no es más que un origen de abusos, que las interpelaciones y las proposiciones matan al Gobierno representativo; y sin embargo, vienen continuamente haciendo uso de todos los arduos parlamentarios que pueden encontrar en el reglamento.

No ha muchos días os decía el jefe de esa fracción que jurabais una cosa y votabais otra; que votabais á las veces contra vuestra conciencia, y hasta que podréis llegar á construir una casa de contratación. Sigue la discusión, y los enemigos del parlamentarismo si se ocupan de soberanos extranjeros, es para tratarlos de un modo que no debo clasificar; si de Gobiernos de otros países, para pronunciar acerca de ellos palabras que no quiero repetir; ¿qué empeño hay, pues, en provocar ciertas escenas desde esos bancos, donde se sientan los que dicen que más les lamentan? ¿No se comprende que puede haber en esto un plan preconcertado?

El año pasado me decía el Sr. Nocedal que S. S. usaba del parlamentarismo como en una ciudad en que todos fuesen armados de trabucos llevaría el el suyo; pero ¿no conoce S. S. que estando entre jugadores de barajas, y estando entre asesinos convirtiéndose en otros tales como ellos?

Dicho esto, contestaré á tres cargos del señor Cláros.

También S. S. nos ha hablado de ciertos pactos ó apariencias de complicidad en la conspiración de Valencia, y acerca de esto yo reto á S. S. á que presenten datos; pero no datos como el de deducir que había esa complicidad porque el Sr. Posada Herrera había hecho cargos al Gobierno por desterrar al general Prim. No, Sr. Cláros; por lo que el Sr. Posada Herrera acusaba al Gobierno, era porque no había formado causa al general Prim, si era culpable.

Es verdad, como ha dicho el Sr. Cláros, que ha habido periódicos que han fatado á altísimos objetos; pero el Gobierno los ha castigado, ha sujetado á la ley á muchos editores responsables, entre ellos á uno que ha salido hoy para presidir, el editor de *La Regeneración*, periódico que se llama católico, y que está escrito por uno que se firma el Presbítero Fulano de Tal, y que también creo que está encausado ó acusado por esos males de esa especie.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: Pido la palabra para hacerme cargo de una alusión que me ha dirigido el señor ministro de Estado.

El Sr. PRESIDENTE: Personalmente no ha sido aludido S. S.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: He sido aludido como diputado por la provincia de Navarra.

El Sr. PRESIDENTE: Eso no constituye alusión personal á V. S.; hay otros señores diputados por Navarra que tienen derecho á usar de la palabra y que podrán recoger la alusión.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: Pues á mí me parece que he sido aludido cuando....

El Sr. PRESIDENTE: V. S. no es el juez de eso; para eso está aquí el Presidente.

Se suspende esta discusión. Orden del día para el lunes: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Sean las seis y media.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Alejandro, mártir.

SANTO DE MAÑANA. San Baldomero, confesor.

CULTOS.

Segna el Jubileo de Cuarenta Horas en la capilla del Príncipe Pipi (plaza de los Alifidos), donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde sermón, *Miserere* y la reserva.

En San Antonio de los Portugueses habrá misa cantada con manifestación en obsequio de su glorioso titular.

Continúan celebrándose las Misiones por la tarde en las monjas de San Plácido, y al anochecer en San Luis y en San Martín.

Por la noche predicará en la Bóveda de San Ginés D. Ambrosio de los Infantes; en Santa Catalina de los Donados D. Wenceslao Sangüesa; en Italianos D. Luis Peralta, y en Monserrat D. José Benet.

VISITA DE LA CORTÉ DE MARIA.—Nuestra Señora del Socorro en San Millán, ó la de los Temporales en San Ildefonso.

Se reza de Santa Paula, viuda, con rito semidoble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Por Reales decretos que publica ayer y hoy la Gaceta se concede la grandeza de España de primera clase al conde de Ezpeleta para sí y para sus hijos,

Se admite la dimisión que ha presentado D. Joaquín de Roncali del cargo de ministro del tribunal supremo de Justicia.

Se nombra magistrado de la audiencia de Madrid en reemplazo de D. Antonio María Bárcena y Mendieta, que falleció poco há, á D. Calixto Montalvo y Collantes, magistrado supernumerario de la misma, disponiendo al mismo tiempo la supresión de la plaza que resulta vacante.

Se concede á D. Victoriano Sudor, magistrado supernumerario de la audiencia de Barcelona, la jubilación que tenía solicitada de dicho destino, y se dispone igualmente la supresión de la plaza vacante.

FONDOS PUBLICOS.

CAMBIO AL CONTADO.

Publicado.	No publicado.
Títulos del 3 p. S. consolidados	38-45
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. S. id.	25-45
Títulos del 3 p. S. diferido	
Inscripciones en el Gran Libro	
Material del Tesoro presentando con interés	
Idem no preferente, con interés	
Idem sin interés	
Participes legos convertibles á 3 p. S.	
Idem del 4 y 5 por 100.	
Denda amortizable de primera clase	31-40
Idem amortizable de segunda	18-75
Denda del personal	19-60
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interés anual	89-90

ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. S. ANUAL

Emission de 1.º de Abril de 1850, de 4 4000 rs.	84-50
Idem de 4 2000 rs.	86-00
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4 2000 rs.	85-00
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	80-50
Idem de 3 de Marzo de 1853, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	
Idem 1.º de Julio de 1856 de 4 2000 rs.	
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858.	84-00

Dei Canal de Isabel II, de 4 1000 rs. 8 000 anual	101-00
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles	71-90
Acciones del Banco de España	117-00

MERCADO DE MADRID.

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

8203 arrobas de trigo.	
446 arrobas de harina de idem.	
8447 arrobas de carbon.	
134 vacas que componen 87546 libras de peso.	